

EL CÍRCULO DE IDRIES SHAH

ANTOLOGÍA

Para llevar a cabo su trabajo, Idries Shah contó con la asistencia de un grupo de colaboradores. Algunos de ellos dejaron notables escritos.

Pg.

1	Benjamin Ellis Four
8	Qalandar Abdur Rahman Siddigi
13	Humayun Abbas
17	Ferruccio Amadeo
20	Chawan Thurlnas
33	Franz Heidelberger

Benjamin Ellis Fourd

El actual clima de investigación y de interés por los sistemas tradicionales de vida y aprendizaje favorece mucho el estudio de aquellos que han sido conservados durante siglos por parte de los Sufis, un conjunto de personas que comúnmente vienen llamadas “místicos islámicos”, pero cuyas enseñanzas, ya sea según por lo que ellos mismos afirman o sea según mencionan muchos autores (aunque no todos) se remontan al lejano pasado de la humanidad, antes aún de las fuentes escritas.

Los materiales referidos a los Sufis están contenidos en los libros escritos por sus exponentes y en los relatos de viajeros y residentes en Medio Oriente (donde se los localizaba principalmente), y bajo la denominación de *Sufi* abarcan un período de cerca de 1200 años.

Los materiales son tan distintos y (por varios motivos) tan confusos, que, no obstante los numerosos y profundos intentos, jamás ha sido posible elaborar un análisis racional de la actividad Sufi, de su finalidad y de sus modalidades, que pudiera abarcar la totalidad del material legítimo disponible. Y esto no por que sea poco el material disponible, si no precisamente por que hay tanto. Como dijo un comentador: “Si tuviéramos sólo una pequeña porción del material Sufi, estaríamos en grado de efectuar una plausible “reconstrucción” de sus ideas y de sus prácticas, que podría no ser correcta, pero que seguramente satisfaría nuestro deseo de ordenar y “cerrar los libros”. Desafortunadamente, no estamos en grado de poder hacerlo por que el material es demasiado abundante”.

Dejando de lado este triste comentario sobre nuestros métodos de aprendizaje, aparece inmediatamente claro que a veces se puede encontrarle un sentido a una manifestación tan compleja como la de los Sufis, buscando la información e interpretación de parte de los mismos Sufis.

Este procedimiento, que el autor ha seguido hasta el límite de las posibilidades humanas, revela que existen –a groso modo- dos maneras de observar las manifestaciones Sufis (¡Y quién sabe cuantos otros habrá!):

- 1) Desde el punto de vista de las rígidas presunciones que los investigadores aportan de ellos mismos a la ecuación del problema.
- 2) De acuerdo con lo que los mismos Sufis tienen para decir respecto de su actividad.

Lo que sigue es sustancialmente una colección de las interpretaciones acerca de los Sufis y el Sufismo que se ha acumulado durante los viajes y entrevistas, por medio de cuestionarios

extraídos de libros sobre los Sufis que han sido escritos por los expertos. No es azaroso afirmar que los Sufis han quedado muy sorprendidos de la falta de información y de la mentalidad poco lúcida de la generalidad de los investigadores.

El primer argumento de interés está contenido en la pregunta (y en su respuesta): “¿Para qué *sirven* los Sufis? ¿Por qué existen y qué están tratando de lograr?”. En esto parece que, afortunadamente, no haya alguna confusión por parte de los Sufis, por más razones, historias o finalidades les puedan haber sido atribuidas por los especialistas.

En base a su autorizada afirmación, los Sufis saben cómo disipar lo que está entre el ser humano y su percepción del origen y destino de esta humanidad, dejando de lado, en tanto irrelevante para el “viaje”, la distinción entre la vida antes del nacimiento, la vida corriente (como la conocemos) y la vida después de la muerte.

Los Sufis afirman: que la humanidad ha sido creada con una finalidad precisa, que ésta conocía tal finalidad antes de asumir eso que caracteriza la forma humana, y que ella, en el momento del nacimiento, ha olvidado, pero que puede comenzar a recordarlo mediante estímulos apropiados; que continúa a existir después de la muerte física en la manera en que ha sido modificada durante su fase terrena. Aún cuando estas afirmaciones puedan parecer a los contemporáneos como algo de Ciencia Ficción con todo lo que ello implica, los Sufis niegan la absoluta realidad del tiempo, del espacio y de la forma física. Estas cosas, afirman, son relativas y contingentes, aunque den la impresión de ser absolutas.

Esta es, pues, la declaración de los Sufis ¿Qué decir ahora de la aplicación de esos métodos para promover “el despertar” (término Sufi) en el “durmiente” (término usado para definir al ser humano)?

La respuesta Sufi a una tal pregunta se diferencia tan dramáticamente de toda otra concepción religiosa o mística, que puede que no sorprenda el hecho que alguno no alcance a comprenderla. Y sin embargo una vez comprendida no parece incompatible con la veracidad el argumento de base. Resumiendo: ellos sostienen que cuando el conocimiento de la conexión entre pasado, presente y futuro es experimentado por el Maestro Sufi, corresponde a su habilidad inventar los métodos. Tales métodos, además, no solamente no son estandarizados, *no deben serlo*. “Hay tantos caminos a la Verdad como cuantas son las almas de los hombres” (Dicho Sufi).

Los Sufis, en consecuencia, consideran los sistemas que tratan a todos del mismo modo, como mecánicos y degenerados. Ellos ni siquiera niegan que muchos presuntos Sufis, después de haber caído en las manos de imitadores, se hayan ipersimplificado tanto que no saben hacer otra cosa que automatizar a sus seguidores. En realidad ellos consideran este hecho como una de las inevitables consecuencias de los efectos mismos del tiempo. En otras palabras, nuestro deseo de orden y nuestra premura en organizar, nos empujan a una exigencia de ipersimplificación que transforma la enseñanza en adoctrinamiento, hasta el punto en que las actividades que en su origen cumplían una función, terminan por transformarse en simples rituales. Es difícil remontar este proceso para recuperar la flexibilidad, por que la demanda de un orden es tan fuerte (como muchas de las aspiraciones de nivel inferior) como para instalarse en sus víctimas como una enfermedad.

El Sufi inicia su función desde cualquier punto en que le sea posible hacerlo. En muchos casos, la primera consideración se refiere a la observación que la gente, en general, está tan acostumbrada a adquirir condicionamientos que reduce toda cosa que le viene presentada al ser humano a un simple hábito. La respuesta a esto, según los Sufis, no es la de romper los hábitos, dado que muchos de ellos son importantes. En cambio, la solución es guiar al estudiante hacia una posición desde la cual él pueda retener los condicionamientos al mismo tiempo de no dejarse gobernar por ellos. La analogía empleada por los modernos Sufis es la de un mecanismo

automático que posee en “conmutador” que puede ser manipulado a voluntad.

Esto a su vez conduce a uno de los aspectos Sufis más sorprendentes: la *discontinuidad*. Los Sufis afirman que agregadas al ritmo y sus efectos, en el ser humano existen fases que pueden ser contactadas y utilizadas para consentirles pensar y trabajar fuera del tiempo y del condicionamiento tan familiares a ellos, no obstante los seres humanos tengan una tendencia a la repetición. Las técnicas Sufis exploran el pasaje entre continuidad y discontinuidad mediante un gran número de medios: literarios, físicos y mentales. Muchos de los ejercicios Sufis de hecho están basados en este concepto. Se deduce que aquellos que no son capaces de trasladar la atención de la repetición a la discontinuidad, no podrán obtener beneficio de estas técnicas, aunque sepan de qué se trata. Es por este motivo que siempre hay necesidad de un Maestro Sufi: el hombre no regenerado automatizará siempre los impactos, y sólo aquel que conciente y simultáneamente está dentro y fuera del tiempo, puede permanecer centrado.

El segundo requisito para el aprendizaje subrayado en las enseñanzas Sufis, está basado en la comprensión de la tendencia a aceptar/rechazar. La mayor parte de las instituciones humanas está basada en el modelo binario “o esto o aquello”. De frente a casi cualquier situación, el ser humano decidirá automáticamente (y lo más rápidamente posible) si aceptarla o rechazarla. Esto, explican los Sufis, provee un eficaz instrumento para el aprendizaje y adoctrinamiento ordinario, pero cuando se transforma en el único método de enfoque de una situación, impide al individuo otras formas de percepción y otros campos de experiencias en los que éste método no es necesario. El intento de introducir una vía intermedia (indecisión, vacilación, etc.) agrega solamente inseguridad a la situación y, como dicen, no comporta la utilización de una específica tercera potencialidad que consideran esencial.

La vanidad y la autoafirmación que todas las religiones han combatido (en general, parece que sin gran éxito), también son consideradas por los Sufis como dañinas al proceso de realización. Aún así siendo, para ellos, la vanidad una barrera al aprendizaje, no ponen el acento sobre la recompensa o el castigo. No ser capaz de aprender o de progresar es tan mortal, para el Sufi, como el ser “dañado” o el “cesar de existir” lo es para otras creencias.

El aprendizaje inicial, entre los Sufis, con su concentrarse en la modestia y el arrepentimiento, es efectivamente considerado por ellos tanto la base esencial para cualquier progreso espiritual humano, como la enseñanza original de la que las versiones religiosas, puramente emocionales y amenazantes, representan su degeneración.

Después de la modestia están los simbolismos. He notado reiteradamente a los verdaderos Sufis casi sorprendidos de ver que sus imitadores no sean concientes del hecho que la enseñanza Sufi contenga significados estratificados, y que no es posible pasar a un segundo significado si no se ha asimilado el primero.

Para el Sufi, la consecuencia del fracaso de los imitadores en el comprender esto, aunque sea sólo teóricamente, es que quien trata de sumergirse desde el exterior no se encuentra capacitado para progresar en modo alguno hacia el verdadero Sufismo, si no solamente de permanecer sobre la superficie del agua, como una mosca del pantano (aún si al mismo tiempo viaja por todo Oriente, o enseña a otros en virtud de “sus experiencias”, o escribe libros, o ejecuta danzas derviches), comportándose en general de un modo que el Sufi mismo considera como un signo primario de incompetencia y superficialidad.

Uno de los motivos de la famosa tendencia Sufi a desanimar a los imitadores o a los aspirantes al conocimiento, es el de forzarlos a re-examinar la verdadera profundidad de sus conocimientos y sinceridad. Un día un Sufi me dijo: “Pueden ser necesarios cinco, o aún más enfoques a lo largo de muchos años antes de poder hacer entender al final al aspirante, que uno estaría feliz de poder ayudarlo si sólo cambiase su sentido de la auto-consideración”. “¿Cuántos individuos regresan

tan a menudo?”, le pregunté.

“Menos de uno cada diez. Los otros nueve terminan por pensar que somos malvados... Algunos de ellos se van, totalmente inconscientes de haber sido rechazados, pero es tanta su vanidad que comienzan a “enseñar”.

Aún cuando las características Sufis apenas citadas causan alarma y confusión, son poca cosa en comparación al grado de mala interpretación causado por otro aspecto de la práctica Sufi.

Me refiero a la existencia de muchos “sistemas”, aparentemente distintos, de estudios Sufis. No sólo sentimos hablar de encuentros de carácter musical y rítmico, si no también de formulaciones que parecen mostrar simpatía o antipatía, por parte de los Sufis, hacia la música; de prácticas de invocación en voz alta (o solamente en silencio); de la existencia de seis, nueve, diez, diez y siete y más estadios y estaciones del Camino. Algunos afirman que trabajan sobre la activación de centros sensibles de percepción ubicados sobre la cabeza y en el cuerpo, como los *chakras* de los yoghis. Otros sostienen que los métodos Sufis exigen repeticiones, memorizaciones y todo tipo de prácticas espirituales que se puedan imaginar. ¿Cómo es que todo esto pueda ser posible?

La verdadera respuesta, que no puede ser encontrada en ninguno de los 2.250 textos, entre libros y monografías, que he estudiado sobre el argumento en cuestión, y que, en efecto representan la totalidad de la bibliografía sobre el Sufismo que ofrece el mundo, es realmente extrañamente simple. Todo lo que se debe hacer es preguntárselo a un Sufi verdadero. La respuesta es que en su enseñanza los Sufis emplean cualquier método que les resulte de utilidad. No están atados a ninguna forma tradicional. El uso de tan variados métodos por parte de los Maestros, ha hecho surgir entre los imitadores la opinión de que éste o aquel sea “el verdadero camino”. Por ello, si uno entrevistase a cualquiera de los innumerables imitadores (seguidores sinceros, pero desviados por algún imitador en el pasado) acerca de la estandarización de los métodos entre los Sufis, él daría una respuesta que no proviene de los Sufis, si no de los derviches, o sea de aquellos que han tratado en vano de transformarse en Sufis.

Lo que hace interesante el hecho de que los Maestros Sufis elijan sus propias técnicas, es que tal efectiva posibilidad confirma la afirmación Sufi que el Sufi conoce el Camino efectivamente por haberlo ya recorrido. Contrariamente a esto, el hecho que en los otros sistemas la gente se aferre tan fuertemente a las repeticiones, a las tradiciones, a la imitación, a los rituales, puede muy bien significar la ausencia total de una percepción de lo que en realidad funciona. Vale la pena detenerse un poco en este argumento. Naturalmente que puede ser que valga la pena reflexionar, pero si se habrá efectivamente reflexionado, es otro cantar.

Me parece que el motivo de tan escasa probabilidad se encuentre en el hecho que la mayor parte de la sociedad humana no cree en la posibilidad de la existencia de un “Camino” abierto, conocido y comprendido por sus sostenedores. En Occidente, por ejemplo, el respeto por la autoridad y el acatamiento a las rígidas formas, seguramente surgen de una creencia inconsciente en la actual falta de acceso a la verdad, aparte de la repetición de lo que en un pasado la gente ha dicho de hacer o creer. De modo parecido, en el Extremo Oriente el tradicionalismo expresa la convicción que lo que ha sido hecho o creído una vez, necesariamente deba producir resultados también hoy. La presencia de individuos que inciten a “olvidar las tradiciones para seguir a la experiencia” debe ser muy rara, de otro modo no sería difícil concebir la posibilidad de hacer algo sin tener que continuamente referirse a una autoridad reconocida.

Las técnicas de enseñanza Sufi, en su forma más auténtica, dependen mucho de la interacción entre Maestro y discípulo, y entre los dos y toda la comunidad de místicos. La “corriente” que fluye entre ellos es, según los Sufis, el elemento más importante de su ser y progresar.

Dicho esto, se puede concluir que los muchos así llamados Maestros y grupos Sufis, no son auténticos por el hecho de que les falta el elemento “corriente”. La naturaleza esporádica de la

actividad Sufi se integra bien con esta corriente en lo que respecta a la existencia o no de lecciones, ejercicios, o instrucciones personales. Las fluctuaciones de la actividad discurren paralelamente a las fluctuaciones del potencial y al conocimiento del Maestro en una manera que no se encuentra, por cuanto se sabe, en ningún otro sistema. Este hecho no necesariamente demuestra que el sistema Sufi sea el verdadero o el mejor, pero implica una fuerte diferencia que todavía no ha sido descripta, por lo que se sabe, en la literatura.

Esta característica de fluctuación conduce naturalmente a otro “aspecto extraño” de las enseñanzas Sufis. La extrañeza está en el hecho que, contrariamente a los otros sistemas místicos o filosóficos, los Sufis a menudo organizan los estudios en el ámbito de comunidades y empresas que no son inmediatamente reconocibles como “espirituales”. Por ejemplo: en Oriente y Occidente todos saben qué es un monasterio. Como asentamiento o agrupación de individuos puede que funcione como una empresa de tipo económico (agricultura, apicultura, producción vitivinícola y alcohólica, artesanal, etc.), pero estas actividades son consideradas como una ayuda para el mantenimiento de las fundaciones. Los Sufis, en cambio, actúan de un modo “extraño” con todo tipo de empresas. Una escuela Sufi puede funcionar en el ámbito de un gremio de hojalateros, una fábrica, un negocio, o a la sombra del poderoso. Algunos de los grupos fundados en la repetición han también mantenido algún residuo de este concepto. Los Bektashis, por ejemplo, todavía funcionan como una familia cuyos miembros son conocidos como “el cocinero”, “el palafrenero”, y así. En Asia Central esta tradición viene perpetuada (nominalmente, no en los hechos) con el uso de la palabra *khanawad* (familia) para identificar un grupo de Sufis. Muchas antiguas organizaciones Sufis provienen de La Caballería, otra estructura, con derviches itinerantes que en Irán se visten todavía con gabanes (sin saber el por qué), con espadas colgadas en las paredes de las *tekkias* (salas de reunión Sufi), tan largamente difundidas en Bosnia y en el Xinjiang.

El motivo de estas diversas estructuras, más allá de ser indicativas de la flexibilidad del Maestro para enseñar en cualquier ambiente, es el de mantener el principio de fluctuación al interior de las formas. Esto significa que: si el Maestro tiene que mantener el contacto y la relación con sus seguidores a la espera del momento apropiado para utilizar aquellos procedimientos que son los únicos a provocar la iluminación, él tiene que tener una forma al interior de la que pueda mantener la coherencia del grupo. En los sistemas deteriorados, esta forma es completamente religiosa: la gente viste ropajes particulares, reza, medita, y cosas por el estilo en momentos preestablecidos, que las llevan a terminar siendo autómatas. Para los Sufis, por el contrario, la necesidad primaria es la de hacer tabla rasa en espera del “momento” en que la enseñanza tendrá lugar. Esto requiere que la atención deba ser focalizada sobre la enseñanza sólo en el momento en que ella está en grado de operar, mientras que en el resto del tiempo se llevan a cabo otras actividades. Visto desde una cierta perspectiva, esto significa que los Sufis están creando un grupo socio-económico que se adecue a la función de “estar en el mundo sin ser del mundo” (principio Sufi), al mismo tiempo que no agotan su energía espiritual investigando sobre emociones o pensamientos evocadores (plegarias, letanías, lecturas, etc.) que generan condicionamientos en las personas.

Es necesario admitir que el principio que se encuentra a la base de esta interesante organización puede inducir a suponer que exista verdaderamente una insólita institución en actividad. El abandono o la ausencia de este principio en todas las otras sociedades orientadas espiritualmente, no debe impedirnos de ver la posibilidad de encontrar aquí un método y un conocimiento que puedan ser verdaderamente casi desconocidos en otras partes. ¿Puede ser éste el secreto Sufi?

Naturalmente, la existencia de estas organizaciones depende, según los Sufis, de la existencia de Sufis que tengan el conocimiento necesario para poner en marcha lo que puede parecer una organización profana, pero que son un vínculo sutil con la enseñanza, con los discípulos y con el mundo externo. Desde que esta realidad detrás de sociedades aparentemente no religiosas ha sido

anunciada algunos años atrás por el autorizado Sufi Idries Shah, han sido llevados a cabo algunos intentos de pseudo granjas, estancias, empresas comerciales, etc. De naturaleza “Sufi”, por parte de individuos que, en la general de los casos, eran imitadores. Como ha sido observado muchas veces en el pasado de los Sufis, la tendencia a la imitación no siempre es signo de engaño, aunque casi invariablemente lo sea de inmadurez. Por lo tanto se aconseja a los lectores de no adherirse a cualquier “organización Sufi” sólo por que afirme de trabajar en el ámbito de una organización mundial con finalidad interior. Todos los Sufis auténticos están en contacto directo entre ellos. En el mundo, en cualquier momento, existe una única entidad Sufi que controla la totalidad de la actividad Sufi.

La existencia de un instrumento tan bien afinado como el de la organización general de los Sufis, con sus propios órganos de comunicación y sus propios programas fundados en la percepción directa de la verdad más allá de la apariencia, hace naturalmente inútiles todos nuestros intentos de estudiar los Sufis a través de fuentes secundarias. Así mismo vuelve ridículo el intento de estudiar profundamente las plegarias, los ejercicios y los métodos aislándolos de su contexto. Cuando un Sufi trabaja en armonía al interior de una operación global, no estará jamás en grado de explicar (no más allá de lo que un observador pueda percibir) cuál es la verdadera función de un determinado ejercicio, etc., por que ello no tiene ningún significado cuando es aislado del contexto.

Qalandar Abdur Rahman Siddigi

No obstante el sufismo sea único, y de haber conquistado un lugar preeminente en la cultura islámica gracias al trabajo incesante de los gigantes Sufis a través de los siglos, la diversidad de sus métodos es tan extraña e inusitada, que se lo debe considerar desde un punto de vista especial, si se la quiere comprender del modo correcto.

En la operación de adaptación a la ignorancia, oposición, mezquindad y estrechez típica de mentes limitadas, el sufismo ha adoptado como su hábitat una esfera de acción y de vida parcialmente invisibles a los seres humanos.

En esta breve exposición tocaré algunos de los puntos citados.

Acorde a la usanza Sufi, no se hará ningún intento de presentar el material según la limitada estructura de la literatura ordinaria.

Para comenzar tomemos el argumento de “El Viaje del Sufi”. El sufismo es considerado y descrito por los Sufis como un viaje, o una serie de viajes. Hay un camino y hay una guía. Lo que confunde a las personas comunes a propósito de este viaje es, por ejemplo ¿viaje entendido literalmente o metafórico? En efecto, pueden ser ambas cosas. El aspirante a Sufi puede emprender largos y fatigosos viajes para llegar a completar el desarrollo.

Hay un viaje tanto interior como exterior.

Un viaje Sufi, por consiguiente, debe ser entendido en ambos significados. En la Tradición existe un paralelismo entre “el gran combate” (el cuerpo) y “el combate menor” (la mente).

Después viene la cuestión del Maestro. Él llega a un lugar y enseña a aquellos que son los buscadores de la verdad (salik- al -haq). Su enseñanza es una combinación de teoría, práctica y vida: con su presencia se ofrece a la gente, a su vez la gente debe ofrecerse sin reservas a su guía. Este paso efectivo para entrar en el verdadero discipulado es duro, porque aunque si una persona puede pensar que quiere aprender, deberá combatir contra los siete aspectos de su yo -sus nafs- (caracterizado principalmente por el orgullo).

En términos psicológicos, el estudiante quiere aprender pero no quiere dar: si no da su atención

no aprenderá. Y como la mente, en la mayor parte de las personas en todas las comunidades humanas, está habituada a esto, es natural que en el buscador aflore la oposición. Ésta debe ser superada.

Puede ser que el buscador tenga algún basamento de auto-desarrollo, lo que a veces puede representar un obstáculo, ya que podría hacerle creer que sabe más de lo que sabe, y podría ayudar a mantener lo que los Sufis llaman “el caparazón duro que envuelve a la personalidad”, la falta de humildad, el nafs o yo dominante.

En el esfuerzo de dar todo lo que puede al discípulo, el Maestro debe develarse a sí mismo y a sus enseñanzas poco a poco. Si tuviese que dar a la enseñanza toda su intensidad en un estadio precoz, el discípulo no estaría en grado de asimilarla.

Diversos aspectos del Maestro son percibidos en períodos diferentes; alguno incluso piensa de ver errores en el Maestro. Puede parecer extraño, pero esto son generalmente reflejo de los errores del discípulo que afloran a la superficie.

Es para colocar al discípulo en la condición de abrirse a la comprensión de la verdad a través de un sentido interior, que el Maestro se hace cargo del fardo del estudiante. Le puede incluso pedir el sacrificio de cosas a las cuales el estudiante otorga gran valor.

Si es privado del Maestro, el yo dominante puede reafirmarse. Dejado sólo, un salik en este estadio puede aferrarse a cualquier centro de atracción: ha sido despertada la sensibilidad de su órgano de apreciación (latifa), pero no su poder de discernimiento. Este proceso vuelve orgulloso al discípulo inmaduro, puede darse incluso que se despache como Maestro, sobre todo si se la ha conferido alguna autoridad.

Esta suerte de desarrollo es la causa de la fragmentación de las verdaderas enseñanzas (absorbidas a través de sistemas canibalescos). El signo de un sistema deteriorado se tiene cuando los miembros buscan sólo una experiencia mística, de apertura (Fatah) o de iluminación (Hal), sin darse cuenta que la misma sólo si es verdadera puede haber efecto sobre ellos.

Como advierten la mayoría de los Maestros, el falso “Hal” es peor que cualquier cosa, porque es una ilusión que debilita seriamente la individualidad y el poder de desarrollo del alumno. Lo mismo puede decirse de la meditación: ésta ciertamente da una especie de calma, pero se trata de un paso preparatorio y de un punto de referencia. Cuando la calma se ha alcanzado, algunas personas se abandonan a ella y es inevitable que sus progresos se congelen en ese punto: se han vuelto “meditación-dependientes”. Es como el hombre obeso que tiene que ingerir azúcar por que ha desarrollado una fuerte adicción. El azúcar es un medio para un fin, pero no un fin en sí mismo: para este hombre la pérdida de la voluntad es un factor que impide su progreso y que lo vuelve siempre más gordo. Lo mismo ocurre con la relajación.

En algunos estadios de los primeros ejercicios Sufis, está la experiencia de la “liberación”. A veces toma la forma de una certeza fugaz y de un movimiento físico no controlado. Las personas se vuelven sus esclavas por que es agradable, tal cual como hacen en el caso de la meditación: en vez de subir la escalera, la utilizan para desentenderse de la realidad por algún tiempo. Aquí encontramos los cultos imitativos que son aparentemente dramáticos, pero inútiles a largo plazo, y también ciertas formas de psicoterapia y de religión que buscan la catarsis con sus agitaciones y su ilusión de progreso.

Las personas que se abandonan a ello han olvidado, o no han conocido, el verdadero objetivo del sufismo, que es el de producir el Hombre Perfecto (Insan- i -Kamil) y, en consecuencia, se limitan a entretenerse con ilusiones: usan sus experiencias para convencerse de que están progresando, pero las convicciones no son hechos.

En el manuscrito de Hussein, son descriptos los pasos que ocurren luego que un Maestro ha

visitado un lugar y ha dado a los discípulos una especie de entrenamiento preliminar. Esta es la razón por la cual el término “un Hussein” es utilizado para referirse a alguien que viene después de que se ha hecho una impresión para reordenar las cosas y descubrir quién, y a qué punto, ha llegado en el viaje. Este manuscrito, atribuido a Hadrat- i -Hussein el-Sharif, es conocido como “Khauf- i -Manzil” (Miedo de la estación o de la morada), y es importante para comprender la relación entre escuelas fosilizadas y escuelas activas.

Regresemos al viaje.

De tiempos inmemoriales Maestros Sufis calificados han sido enviados por sus Maestros a viajar a un cierto lugar y a establecer la enseñanza. Tales Maestros ejercitan su influencia a varios niveles. El Sheikh Hujwiri e innumerables en India, Sheikh Jalaluddin Rumi y muchos otros en el Oeste, han cumplido esta función.

Su encargo no es sólo el de guiar a la gente al sufismo (Tasawwuf), sino también el de preparar el terreno para ulteriores desarrollos del progreso viviente del camino sufi. Existen también emisarios menores que son enviados lejos para enseñar o a preparar el terreno para un ulterior desarrollo. Tales personas, aunque puedan estar informadas, no poseen el conocimiento del nivel contenido en eso que hemos llamado el manuscrito de Hussein. Sabemos que estas personas han sido enviadas como autoridades supremas, por que una parte de su entrenamiento es la de probar la lealtad hacia toda la hermandad sufi que, como se sabe, consiste finalmente en una única entidad.

Pero, ¿si un Maestro Sufi muere, o se forma una brecha en la enseñanza, qué ocurre? La cosa interesante es que la brecha misma es una fase de la enseñanza: a un chico se le pueden explicar ciertas cosas, por ejemplo se le dice de no hacer una determinada cosa, después se hace como que se sale de la casa y se lo observa para ver cómo reaccionará. Él se comportará según cómo haya aprendido la lección.

Exactamente lo mismo ocurre con los Sufís durante este ejercicio “ghaibat” (ausencia), aunque muchos no están enterados de ello.

Después que un Maestro deja su puesto, los discípulos se dividirán en grupos según su propia fuerza o debilidad. Algunos tomarán a los otros bajo su control. Pueden ser buenos o nocivos, y esto se demostrará en sus reacciones hacia el segundo Maestro, cuando llegue. Si se dan cuenta que éste es su Maestro, entonces simplemente se han desarrollado y pueden madurar. Pero si se han atrofiado, estarán demasiado cegados como para reconocer la Baraka del hombre para cuya aparición han estado siendo preparados.

Puede darse que durante la ausencia se unan a cualquier otro grupo. Está bien, por que regresarán a la corriente principal cuando les sea nuevamente ofrecida.

Ésta es la prueba de la superación del yo inferior (nafs). Si se han desarrollado suficientemente se darán cuenta que la persona que parece ser “el segundo Maestro”, es en realidad la primera en importancia. Si en vez han desarrollado una ligazón demasiado fuerte por la cáscara, tratarán de defender la corteza y se habrán excluido de la actividad.

Para el hombre inculto, la vida está patas arriba (na- pukhta) y se comportará de esa manera.

En la mayoría de los casos el primer Maestro no hace la vida más fácil a la mayoría de los discípulos. Les enseñará cosas que les serán útiles cuando llegue el segundo Maestro, y la realidad sea vista en el orden correcto, de modo que la totalidad vendrá plenamente comprendida. La finalidad de ello es doble: en primer lugar, a los discípulos les son inculcados algunos pensamientos válidos; en segundo lugar, vienen puestos a prueba por medio de estos pensamientos. Lo mismo que cuando los psicólogos occidentales dan piezas de madera con formas extrañas a las personas para ver cómo las acomodarán, el Maestro sufi dará a sus

discípulos extrañas piezas de tipo mental. Si tratan de ponerlas juntas y formar un diseño durante su ausencia, entonces se fosilizarán.

Atiendan esto: el sufismo ha demostrado que el objetivo de la humanidad no es el de construir ídolos, sino el de seguir un diseño supremo que se aprende poco a poco.

Obviamente las personas medio ciegas, durante el período de espera, tratarán de elaborar su interpretación personal. Pede darse que, como ha ocurrido en el pasado, escriban libros para explicar lo que han aprendido. Esto es muy peligroso, por que, cuando un hombre es aceptado - digamos que como filósofo- por que ha escrito un libro en el que explica una filosofía, éste mismo hombre no aceptará fácilmente de haber hecho en realidad sólo un confuso enredo desordenado.

Ha quedado prisionero de su nafs inferior: la vanidad personal del hombre ahora está apegada a “su creación”, el libro o el método que ha usado para organizar los fragmentos que posee. Probablemente se ha perdido.

Para penetrar en esta coraza de coagulación y fosilización, el segundo Maestro tendrá el cuidado de actuar de maneras diversas, quizá dramáticamente distintas de aquellas del primero. Incluso puede parecer opuesto al primer Maestro. Esto lo hace para romper los ídolos que se han formado con los pensamientos inculcados originariamente. La función de las ideas es la de formar al hombre, no la de mantener un sistema. Éste es uno de los modos por los cuales el sufismo se mantiene viviente, y no simplemente por perpetuar ideas y movimientos.

Ha habido muchas situaciones en que un período de enseñanza sufi ha estado seguido de un período de aparente inactividad. Tal período, que a veces dura entre doce y quince años, a veces más, da al cuerpo sufi un período de tiempo en que vienen siendo tamizados por medios naturales. Algunos se desprenden, otros continúan mecánicamente sin saber realmente qué están haciendo.

Están “congelados”, aunque no lo sepan.

Un ciego puede tratar de guiar a quien está más ciego y esto no es más que presunta autoridad por parte de aquellos a quienes se les había dado un poco de autoridad en el mandato original. Estas son las personas en la posición más peligrosa, por que cuanto más “huérfanos” permanecen, más fuertemente se impone su nafs. Otros pueden modificar la enseñanza de un modo catedrático o personal. Seguramente algunos caerán presa de cultos que originariamente estaban para servirles. Las personas que se asocian a estos, se dedican a atormentarse con interrogantes porque consideran que representan el mismo tipo de enseñanza, y esto es importante. Es importante porque demuestra al sufi, muy claramente, que las personas que buscan explicaciones están, de hecho, voluntariamente confusas. En alguna parte dentro de ellos saben que se han identificado con una imitación, con algo que es cualitativamente secundario, pero están sostenidas por sus nafs y esto es demasiado fuerte para ellos.

A veces estas personas pueden ser recuperadas, pero deben ser puestas en conocimiento de los hechos. Es necesario decirles de algún modo: “Te has aferrado a algo falso a causa de tu amor por lo real. Examina tu conciencia”. Solamente a través de la conciencia se puede encontrar un camino para ayudarlos contra sus nafs, sus yo dominantes.

Imaginen un grupo de náufragos. Piensan que no tienen ninguna esperanza de salvación. Encuentran una balsa y son felices. Después de un tiempo llegan otras personas en una barca. Pero los primeros no dejan la balsa porque se han acostumbrado a ella. Puede que se hayan convencido que ésta es en realidad una barca.

Este proceso es bien notorio en el plano religioso formal. Cuando Moisés dejó solos a los israelitas por un período de tiempo, tenían un deseo tan ardiente de culto que construyeron y

adoraron un becerro de oro. También Jesús les dijo a los hombres que había venido para reconducirlos a la verdad, pero la mayoría no lo siguió. Muhammad se lo hizo notar a estas comunidades, hebreos y cristianos, y les ofreció a todos la posibilidad de regresar al único sendero.

Así es como está de enraizado este proceso en el hombre, y su poder es el poder de la presunción. Nadie está tan ciego como aquellos que creen de poder ver, aparte de aquellos que tienen algo que perder si abren los ojos: pierden “la importancia” que se han dado a sí mismos.

Esto explica por qué existen algunas escuelas de tipo sufi que se basan solamente en la propagación de un culto a la personalidad. Algunas se basan en la incesante repetición de fórmulas que son verdaderas sólo si son usadas por cierto tipo de Maestros, y así en más. Explica también lo que desconcierta a tantos observadores exteriores: la esencial unidad de toda la actividad sufi, aún cuando los grupos están separados en órdenes. Lo que la mayoría de las personas no entiende cabalmente, es que un grupo sufi tiene un cierto deber que cumplir en cierta área y/o en cierto momento. Esto en concordancia con las necesidades del tiempo y las necesidades de la hermandad sufi. Puede trabajar plenamente sólo si está disponible un Maestro. Son pocos los Maestros que tienen jurisdicción sobre grandes zonas o varios países. Pero existen. Resulta cómico que las personas puedan estar esperando embobadas un Maestro sufi cuando tienen uno delante de las narices. Se han alejado de la realidad a tal punto que esperan que tenga una aureola, cuernos o una cola. La humanidad se deja caer en el pánico con mucha facilidad. Como niños cuando se interrumpe el flujo de directivas, pueden correr a la busca desenfadada en cualquier dirección.

Aquellos que se detienen a pensar pueden ver la naturaleza permanente del esfuerzo sufi que fluye a través de un canal calmo e infinitamente importante.

Los puntos en los cuales la tradición mística está viva y que se encuentran en contacto entre sí, no pueden ser explicados por medio de libros. No obstante la gente continúa a escribir libros para demostrar cómo han encontrado éste o aquel punto de semejanza. La verdad puede ser encontrada solamente con la experiencia verdadera, y con el conocimiento de aspectos como estos que he indicado.

Humayun Abbas

La confianza no es algo que se induce si no algo que se desarrolla. En otras palabras: lo que el domador enseña lentamente a los animales que está amaestrando, en realidad no es confianza (como se cree) si no “sumisión”. La verdadera confianza es otra cosa.

Además, la confianza en Dios no viene enseñada a los seres humanos por Dios, al contrario, Dios da al hombre tantas razones como para no tener confianza (calamidades, inseguridad, desesperación) que, efectivamente, se puede decir que Él trata de mostrar que la confianza (en alguien o en algo) no proviene solamente de la felicidad o de experiencias agradables.

Análogamente, el Maestro Sufi no se comporta como un ser digno de confianza, si por confianza entendemos lo que el clero y otros tratan de asegurarse con su apariencia exterior y su comportamiento. Esta confianza es solamente “sumisión”. Este tipo de confianza viene convalidado solamente si ha sido puesto a prueba. Es por esta causa que los Sufis a menudo preguntan: “¿Cuántos amigos te quedarían si fueses del uno al otro pidiéndoles de esconder un cadáver?”

La confianza es algo que el aspirante a Sufi debe encontrar en sí mismo, independientemente de lo que la exterioridad superficial pueda indicarle. Este es uno de los motivos por el cual los Maestros Sufis se han comportado tratando de parecer totalmente ridículos e indignos de confianza frente a los aspirantes a discípulos.

Por ello hasta el Sheikh Shibli acostumbraba decir, cuando se le aproximaba algún estudiante que intentaba ser aceptado como discípulo: “¡Repite: No hay divinidad si no es Dios y Shibli es Su Profeta!”. Él actuaba así para ver si su sumisión era servil o no.

Una de las manifestaciones más comunes de la falta de confianza en un Maestro, y que viene constantemente enfatizada por los Maestros Sufis, es aquella en que el discípulo espera de recibir atención e instrucción cuando todavía no ha hecho lo que tiene que hacer como condición preliminar para estas cosas. El Sheikh Ajal Shirazi, que mencionamos sólo por citar un ejemplo de este importante aspecto del Sufismo, dijo a un hombre que había venido buscando un *Zikr* (letanía):

“No conceder en los demás lo que no te concedes a ti mismo. Desea para los demás lo que deseas para ti mismo”.

Un tiempo después el hombre se presentó nuevamente ante el Maestro solicitando literatura para él ya que, después de todo, era discípulo del Sheikh.

“¿Cómo puedo darte una segunda lección –respondió el Maestro- si no has observado la primera?”

Uno de los aspectos más importantes del concepto de “confianza” es que éste término técnico implica una actividad y una disposición que, a su vez, desarrolla una capacidad en el individuo. Muchos monjes y otros personajes (comprendidos los ermitaños espirituales) han pasado unas vidas enteras tan obsesionadas con el concepto de “confianza” que han sido incapaces de pasar a un estadio sucesivo.

En las enseñanzas que se recuerdan de Hujwiri (en el “*Kashf al-Mahub*”) este problema está ilustrado en la historia referida a la enseñanza de Hallaj al eminente Ibrahim Khawwas. Cuando Hallaj se trasladó a Kufa, Khawwas lo fue a visitar, y el Maestro le preguntó: “¿Qué has conseguido, Ibrahim, con tus dos decenios de estudios de los Sufis?”

Khawwas respondió: “Me he concentrado en la doctrina de la confianza”

“Has desperdiciado tu tiempo cultivando lo espiritual ¿Dónde está la aniquilación en la Unificación?”

Hujwiri explica que *confianza* significa *actitud* y *abandono*. “Si un hombre pasa toda su vida dedicada a corregir su naturaleza espiritual tendrá necesidad de otra vida para poner remedio a su naturaleza material, y su vida se habrá perdido, consumida antes de haber encontrado un rastro o un vestigio de Dios”

La mencionada historia del Sheikh Shirazi subraya además otra característica (muy enfatizada por los Maestros Sufis) de la confianza: aquellos que no pueden tener confianza, no son ellos mismos dignos de confianza, y en consecuencia no se les podrá confiar cuestiones importantes. El aspirante a discípulo de Shirazi no tuvo confianza en que él proveyera a la satisfacción de las necesidades del discípulo cuando éstas se manifestasen. A su vez, el aspirante a discípulo no era confiable en cuanto al asumir el comportamiento que ya le había sido prescripto en el primer encuentro.

El discípulo que le pidió a Shirazi ulteriores indicaciones, no estaba ejercitando la confianza, como hemos tenido oportunidad de ver; pero él pudo también haber pensado que estaba pidiendo al maestro de confiar en él, no habiendo percibido que le había sido impartida ya la primera lección antes de que él estuviese en grado de recibir una segunda.

La confianza es, de hecho, solamente el cuarto estadio de una de las versiones del itinerario Sufi.

El primero es el arrepentimiento (*Taubat*) de cosas reprobables. El segundo (*Inabat*) es el retorno a la rectitud. El tercero está representado por la renuncia (*Zuhd*), y luego viene la confianza. La valoración del aspirante por el Maestro expresada en: “No conceder a los demás lo que no te concedes a ti mismo” y “desea para los demás lo que deseas para ti mismo”, claramente comprenden la práctica de lo que constituye los tres primeros estadios.

Las instrucciones impartidas por el Maestro a los estudiantes constituyen la (o las) prácticas que le hacen falta para completar la “estación” (*Maqam*) en la que se encuentra. Por lo tanto, citando a Hujwiri, el discípulo debe adecuarse a ese estadio “y al cumplimiento de las obligaciones que pertenecen a esta estación, permaneciendo en ella hasta la comprensión de su perfección, tanto como su capacidad se lo permita. No le es permitido abandonar esta estación sin antes haber cumplido con dichas obligaciones”.

Aunque el aspirante deberá confiar en su mentor lo bastante como para aceptar sus instrucciones (que se refieren a los tres estadios precedentes), él no será capaz de tener verdadera confianza hasta que no haya completado el cuarto estadio. No obstante ello, los estudiantes tienen una capacidad suficiente como para ejercitar esta limitada lealtad.

La confianza misma, como la define al-Ghazalli, está formada por la conciencia, por el estado y el trabajo, llamados en la terminología Sufi, *Ilm*, *Hal* y *Aml*. Estas tres cosas constituyen la armonización entre quien aprende y las cosas que deben ser aprendidas. Cuando un Maestro Sufi entrena los discípulos, ya sea con palabras, con señas o con acciones, él los prepara para asumir la correcta actitud hacia estas cosas.

El entrenamiento de los discípulos –el desapegarse de las apariencias, de los automatismos, de la dependencia, de la interpretación puramente literal- tiene una historia muy larga entre los Sufis. De hecho, la certeza de la persona ordinaria en que “Ver es creer”, en el Sufi debe ser substituida por una mayor flexibilidad en la comprensión, antes de que otras dimensiones mentales puedan aparecer en el horizonte.

Sir Richard Burton cuenta la historia del Gran Maestro Sufi Bayasid y la cortesana. Los discípulos reverenciaban de tal manera a Bayasid en detrimento de cuanto enseñaba, como para inducirlo a romper este condicionamiento. Como dice un dicho Sufi: “Los hombres no deberían ser respetados al punto de perjudicar a lo que representan”. Un día Bayazid estaba rodeado de un grupo de seguidores, admiradores convencidos de que la adoración fuese inseparable de las apariencias. Bayazid envió un mensaje a una mujer de mala reputación en el que le pedía de “devolverle la ropa que se había dejado en lo de ella y de enviarle la cuenta del dinero que le debía”. De la misma manera Shamsuddin de Tabriz, Maestro de Rumi, le pidió una vez para probarlo a su discípulo, de prestarle la mujer.

Esta técnica necesaria ha hecho que algunos imitadores se despachen de Maestros Sufis y se hayan animado a desilusionar y defraudar a los demás. Pero la argumentación, sostenida en algunos círculos, de que esta técnica no debería ser consentida, no es válida por dos motivos, al menos: Antes que nada, los nefastos efectos de los auto-nominados Sufis perpetuados a lo largo de los siglos, no han causado estragos intolerables, y como sea, no han provocado más daño que el causado por la impostura de otras falsas creencias. En segundo lugar, invocar este principio sería (según palabras de un Maestro contemporáneo) “como prohibir la libertad de expresión por que los villanos podrían hacer de ella un mal uso”.

Un examen de las palabras y acciones de los Maestros Sufis, como las mencionadas más arriba, tanto como el tiempo pasado entre los Sufis contemporáneos, muestra claramente que:

- 1.- Confianza no es servilismo, la gente tiende a mal interpretar la palabra “confianza”
- 2.- Es esencial tener confianza antes de poder aprender las lecciones.
- 3.- El tipo de confianza que es necesaria viene estimulada por el Maestro.
- 4.- El Maestro puede estimular con palabras, acciones o por escrito.
- 5.- Antes de este estadio existen otros igualmente estimulantes.
- 6.- Muchos piensan de estar a la búsqueda del Conocimiento, mientras que en realidad lo que buscan es atención, o cualquier otra cosa que tienen en la cabeza.
- 7.- Conociendo a su aspirante a discípulo, el Sufi le da instrucciones que tienen el efecto de prepararlo, al mismo tiempo de consentirle a él, y a los demás, de observar el funcionamiento del

proceso, ayudándolo en primer lugar, a revelar la verdadera naturaleza de sus actitudes.

8.- El estudiante llega de esta manera a apreciar el hecho de que el Sufi rechace cierto tipo de enfoque y estimule otros con la finalidad de ayudar a progresar a la naturaleza espiritual, y no a aquella del yo inferior, del discípulo.

Según palabras de Rumi, el Maestro no permitirá a la auto-consideración del discípulo de trabajar, de modo que éste pueda estar completamente en las manos del Maestro. Es por que puede parecer que “toca la suciedad sin ensuciarse” (Anwari), que el Maestro puede permitirse una conducta que la sociedad no permite a los demás. “Nada –afirma Abu Turab al-Naqshbandi- puede contaminar al Sufi. De hecho él purifica toda cosa”.

Entre los modernos exponentes del Camino que han hecho accesible los primeros estadios a través de discursos y publicaciones, está el adepto afgano Idries Shah, cuyas obras son apreciadas tanto en Oriente como en Occidente. En el pasado escritores como Ghazalli (S. X-XI), Hujwiri (S. XI) o Rumi (S. XIII) utilizaban la técnica de las narraciones, de las argumentaciones y discursos para proveer a los estudiantes los pasos preliminares que les permitirían acercarse a la condición de Derviche (Aquel que está en el Camino). Los Sufis, más recientemente, continuando este proceso, a menudo han concedido visitas privadas, conferencias e instrucción personal, para ayudar a progresar en el estudio.

La gran expansión durante los siglos pasados de la imprenta y de la literatura, que ha hecho posible una gran difusión de las obras clásicas, no ha logrado del todo el enseñar a los aspirantes de la necesidad de tener que prepararse, a través de un atento estudio de las obras de los Maestros, a lo que este puede transmitir en modo viviente. Es por tanto común que la gente se comporte como el aspirante a discípulo del Maestro Shirazi: buscar la segunda lección antes de haber asimilado la primera.

Uno de los métodos adoptados para estabilizar los pasos para la admisión y el progreso en una sucesión gradual, eran las “órdenes” Sufis que vinieron a luz en el Medio Evo. Desafortunadamente, con el pasar del tiempo, se han concentrado (característica típica de toda institucionalización) siempre más sobre una versión restringida del Camino, en vez de sobre una personal y elástica interpretación.

El cesar de las “órdenes” como canales de aprendizaje efectivo, no ha por ello abolido la función de enseñanza, solamente la ha remandado desde las “órdenes” hacia los Maestros tradicionales.

Ferruccio Amadeo

La mayor parte de los nombres de los lugares en los cuales los Sufis se reúnen, proviene del persa o del árabe. Los más comunes son: *Hujra* (habitación), *Zavia* (ángulo), *Tekkia* (apoyo, lugar de descanso), *Daria* (círculo), *Dar al Baraka* (lugar de bendición).

El uso más antiguo y legítimo del lugar de reunión es el de estar reservado a ocasiones especiales dado que la configuración de la habitación, o cualquier otro lugar, está diseñada de manera de atraer y concentrar una cierta fuerza sutil (Baraka) que viene acumulada y diseminada entre quienes participan de la reunión. Se afirma que si el lugar se utiliza demasiado a menudo por muchas personas, no se disipará la Baraka, pero la “impronta” de las características negativas de las personas presentes enturbiará la atmósfera, e incluso podrá desembocar en comportamientos ritualísticos, o en todo caso extravagante.

De todos modos esta restricción no parece que venga respetada por la mayor parte de las comunidades que se autodefinen Sufis, por lo que podría ser usada como test para valorar si, independientemente del prestigio del que puedan gozar, son auténticas o simplemente automatizadas y fosilizadas.

Incluso pueden también tener lugar reuniones especiales destinadas a concentrar la energía. Como quiera que sea, el uso de los lugares de reunión, que se parecen más que nada a un instrumento, depende de la presencia de un Maestro que sepa cómo las personas presentes, y la actividad que desenvuelven, pueden concentrar la energía necesaria.

Según la Tradición, la relación entre los caracteres de las personas presentes es extremadamente importante. Ningún lugar para reuniones de este tipo puede ser construido y usado a menos que exista

una comunidad de por lo menos cuatrocientas personas por que, se afirma, esta hace posible la selección de al máximo treinta individuos que, ya sea tomando parte de la manifestación como proveyendo los “tipos” necesarios, puedan absorber y generar la fuerza sutil apropiada.

Es pues de esperarse que para un “instrumento” tal, las dimensiones, la forma y el lugar de erección unidos a los materiales usados, sean juzgados de máxima importancia. Las dimensiones, el sitio, la decoración interior y los accesorios son todos elegidos, dispuestos y calculados con el mayor cuidado. Por ejemplo: el latón y la madera unidos a la cerámica y a la lana (cueros de ovejas), son importantes para recoger y reflejar la Baraka. Cómo vienen dispuestos, cuando, dónde, e incluso por quién, es algo que viene considerado con mucha atención.

Además hace falta tener en cuenta la actitud de las personas que entran en la habitación por que influenciará sobre la reunión que tendrá lugar.

Además, cada individuo puede representar más de un “tipo”, dada la afirmación Sufí que todos los individuos están compuestos de numerosas personalidades distintas más o menos desarrolladas, y que el reagrupamiento de tales individuos podrá maximizar o minimizar sus tendencias para ventaja o desventaja del progreso de los individuos y del grupo en la búsqueda de una conciencia más elevada catalizada por el Maestro.

A estas alturas puede verse que estas astucias han caído en desuso entre aquellos grupos de Sufis que son accesibles a la mayoría de los investigadores.

Las fotografías de presuntos lugares de encuentros Sufis muestran que estos tienden a llenarse de accesorios simplemente por tradición o con significado sentimental, hechos que la mayor parte de la actividad Sufi tradicional trata atentamente de evitar.

Cuando el lugar de encuentro se llama “Sama-Khana” (sala de audición), viene a menudo usado por grupos deteriorados para finalidades diversas, tal como reuniones, “danzas” y otros ejercicios, y para la participación a la “danza” u otros movimientos que son una señal del deterioro de La Enseñanza, según las mejores fuentes autorizadas.

La construcción o la organización del lugar de encuentros están tradicionalmente consideradas de la máxima importancia. Antiguos relatos acerca de la preparación de tales lugares coinciden con ciertos principios y prácticas. Inicialmente el Maestro reúne un cierto número de seguidores, luego les provee de un pequeño y provisorio lugar de reunión. Mientras se completa el más grande y definitivo el lugar de reuniones ya existente viene usado cada vez menos. El motivo –se dice- es para guardar la Baraka acumulada que será almacenada y transferida al lugar definitivo cuando esté listo.

La recolección de fondos para el Gran Lugar de Reuniones viene realizada con la mayor atención y el mayor cuidado. Al principio no se efectúa ninguna verdadera recolección de fondos por que se considera el momento en que la gente comienza a donar espontáneamente sumas de dinero con esta finalidad como una manifestación del funcionamiento de la Baraka. Se cree que los fondos para el lugar de reuniones comienzan a acrecentarse y a acumularse, sin ninguna incitación, a medida que la necesidad del lugar y de la acumulación de la Baraka se insinúan directamente (en modo subliminal) en la mente de los discípulos.

Ni bien ello ocurre, estos comienzan a reunir los fondos, tal como ocurre en otras tradiciones devocionales, comienzan con donaciones personales sumas que vienen dadas siempre en secreto al Maestro, en forma anónima y en efectivo. Se podría pensar que el costo siempre creciente de los inmuebles, sobre todo en Occidente, pueda haber retardado este proceso, pero si se piensa que algunos de los lugares de reuniones Sufis del pasado han sido construidos (o transformado edificios ya existentes) y organizados a un costo que equivalía a la mitad del patrimonio total de los discípulos, una suma que con la relativa afluencia de la sociedad occidental, equivaldría hoy a cifras colosales muy por encima del costo actual de los inmuebles.

Como otras comunidades espirituales, la cantidad de sacrificio material que los miembros están dispuestos a hacer, es considerada como un indicador de su generosidad, hecho que a su vez influencia favorablemente su capacidad de obtener beneficios de La Enseñanza.

Mientras que una tal idea no es recomendable para aquellos que tienen reservas sobre la validez del sistema Sufi (o de cualquier otro parecido), no se puede negar que los Grandes Maestros del Camino siempre han adherido a este procedimiento, aún cuando eran Soberanos o individuos que no tenían ninguna necesidad de las sumas dadas para el lugar de reunión.

Es interesante notar que entre los Sufis se dice que la construcción de las pirámides egipcias tuvo origen de la misma forma, o sea: un número de iniciados donó las colosales sumas necesarias para producir las “centrales eléctricas” (que tal era la función de las pirámides). Estas, digámoslo como agregado, hace tiempo que han perdido su función y no se encuentran en grado de actuar como instrumento de atracción y conservación de la Baraka.

Parece que la forma octogonal sea la que más se adapta a este tipo de edificios, y que el latón y el cobre son aptos para atraer la Baraka, pero sólo si el conocimiento especializado del Maestro forma parte del proyecto.

La luz, los sonidos y otras cosas no especificadas, actúan en el edificio para producir la sustancia que parece la adecuada para efectuar el “milagro” Sufi de la iluminación.

Las autoridades Sufis hacen notar el hecho innegable que en todo el mundo la gente ha construido edificios sorprendentes y colosales como parte de su actividad religiosa. Agregan ellos que estos edificios originalmente eran considerados instrumentos científicos que servían particularmente como generadores de Baraka.

Naturalmente que es difícil encontrar información sobre este argumento, pero es evidente que estos “concentradores” hoy en día son todavía construidos, o adaptados para tal fin otros edificios preexistentes.

Chawan Thurlnas

Nota del traductor ingles:

“De los viejos campos, como el hombre ve,
Viene todo el grano nuevo, año tras año;
Y de los viejos libros, en buena fe,
Viene toda la ciencia nueva que el hombre aprende”

(Chaucer: Parlamento de los pájaros)

Las empresas de trabajo

El enfoque Sufi de las actividades profesionales, vocacionales y comerciales, es similar al de otras comunidades, tal similitud se presta a esconder algunas diferencias sustanciales. Los discípulos colaboran en todos los campos de actividad: el arte, el comercio, en el mundo académico y en otras actividades en el mundo cultural. Un cierto número de buscadores serán asociados para la realización de un proyecto, por que el llevar a cabo exitosamente una actividad mundana viene considerada a menudo como indicador de la necesaria armonización del grupo. Dicho de otra manera: si el proyecto funciona significa que los miembros del grupo tienen el tipo de alineamiento que les permitirá beneficiarse de los impulsos espirituales sutiles que ofrece el trabajo Sufi.

Este tipo de diseño es el mismo en todos los grupos que tienen un interés común. Puede verse grupos religiosos o de otro tipo, por breves o largos períodos, que trabajan juntos en una gran variedad de campos en todo el mundo. La diferencia sin embargo sólo se nota cuando se examina la teoría y técnica de los Sufis y de los otros grupos.

En el caso de los Sufis se sostiene un proyecto o se hace el intento de llevarlo a cabo. Si ello ocurre con éxito (el negocio, la fábrica, el taller artesanal, etc.) prosperan en un razonable período de tiempo y viene aceptado el grupo con todos sus miembros, considerándose los aptos para ejercicios e instrucciones especiales, que podrán trabajar a través de ese organismo con una extraordinaria rapidez y eficacia. No es necesario que el grupo tenga una finalidad de lucro: algunos son filantrópicos, otros destinados al entretenimiento, otros trabajan en el campo de la planificación, del diseño, de la agricultura, e incluso en algunas esferas diplomáticas. Aunque el grupo no existe necesariamente con finalidad de lucro, cuando ello es previsto, el indicador de su éxito incluye también las ganancias y sus utilidades vienen siempre puestas a disposición del camino Sufi. Generalmente es el Maestro quien autoriza el experimento y establece el lapso de tiempo en que deben lograrse los objetivos. Si el proyecto no avanza satisfactoriamente, significa que no hay la necesaria armonización entre los miembros del grupo y que el intento debe interrumpirse.

Muchos de estos miembros caen manos de gente que los “capta” y los explota con fines personales. Este hecho no es considerado solamente como negativo, también tiene un aspecto positivo, dado que el grupo y la operación en sí misma están destinados al fracaso. Los miembros no aptos han sido individualizados y por tanto, de ahora en más, “El Trabajo” (como viene llamado) podrá deshacerse de este “miembro enfermo”.

Esta explicación de la doctrina de que “el exterior es un indicador del interior”, pone sorprendentemente en relieve la creencia en que la armonía conduce a un coherente (“orgánico”) desarrollo, y que por el contrario, la imposición de modelos a los grupos no conducirá a ningún desarrollo positivo. De esto se deduce el por qué tantos grupos Sufis trabajan con tanta vehemencia contra la imposición de estructuras, y ello provee además de una clave del por qué los Sufis (no aquellos que se imaginan de serlo) no sometan jamás a ninguna de sus comunidades a los mismos ejercicios, ni al mismo tipo de enseñanza.

Aún así, es verdad que el organismo Sufi, en su totalidad, constituye una única unidad, pero tal unidad es comprendida y realizada sólo por un Sufi “realizado”. La unidad es invisible al nivel material, por decirlo así. La notable variedad de actividades de algunos maestros Sufis provee, desde este punto de vista, si no el sentido, al menos una diferenciación entre la actividad repetitiva y limitada, y la íntegra, compleja estructura dentro de la que el Maestro trabaja.

En Medio Oriente hemos preguntado a un importante y muy respetado maestro Sufi qué pensaba respecto de lo que nosotros considerábamos que debía ser un verdadero grupo Sufi (discípulos reunidos en torno a un Maestro que prescribe invocaciones, alienta un modo de vestirse extraño, habla siempre de “unidad”, “autorrealización” y “unificación con El Absoluto”, en vez de llevar a cabo un programa global). La respuesta fue: “Veo continuamente gente de ese tipo, tanto aquí como en Europa y en América. Todos los creen Sufis, excepto los verdaderos Sufis. Cada vez que me tropiezo con un grupo de esos escapo a casa para reírme a carcajadas”.

El uso de la literatura por parte de los Sufis

La literatura técnica e instructiva viene considerada en todas las culturas como una fuente de información y educación. Esto no es una novedad: algunos de los más antiguos materiales escritos (provenientes de civilizaciones extintas) son instructivos y se ocupan de fórmulas que van desde lo comercial hasta descripciones del modo correcto de organizar funerales o ceremonias religiosas.

Se ha observado que cuando el material (oral o escrito) ha sido utilizado por muchas generaciones, puede adquirir un significado ritual y comienzan a ser venerados por sí mismos, por sus sonidos o por sus orígenes antiguos y su fama. Genera siempre sorpresa notar que entre los Sufis, contrariamente a los grupos secundarios o deteriorados, no hay ninguna traza de veneración por la literatura más allá de su función instrumental. Por ejemplo: mientras los falsos grupos e imitadores (que son muy común y

están difundidos por todo Oriente) repiten letanías a toda marcha, como “Hu” o “Ya Pir”, el uso de los sonidos o de las ideas, en forma oral o escrita, al interno de los organismos legítimamente Sufis, está restringido a las personas, al tiempo y a la ocasión en que se considera que tienen un efecto específico; tal como se hace la mención de ello en la terminología técnica.

La diferencia entre el ritualismo y la función es tan evidente que puede ser usada como línea de separación entre los ignorantes pseudo-Sufis y el Sufismo verdadero.

Las invocaciones rituales y la repetición mágica de palabras y frases son, naturalmente, muy difusas en todas las comunidades religiosas. Su ausencia en los auténticos círculos Sufis puede ser tomada como una garantía del modo en que estos materiales vienen siendo considerados por los Sufis. No vienen usados para la estimulación emocional o para tratar de provocar algún efecto, si no que son mantenidos como una parte de lo que un Sufi llamaría “La Ciencia de La Religión” (Ilm al-Din). En este sentido la auténtica utilización que hace de ellos el Sufi se separa dramáticamente del uso religioso familiar y transcurre casi misteriosamente en paralelo a la actividad educativa y científica (¿o tal vez la duplica en su propio campo?).

Controlarse a sí mismo y controlar a los demás.

Si es verdadero que la habilidad del Maestro Sufi depende de su capacidad para percibir un diseño que no ven los demás y de “comprender” algunas partes para usarlas como ingredientes de un sistema de enseñanza, también será verdad que el Maestro debe tener una capacidad de desapego extraordinaria.

La más importante parece consistir en el hecho que la conducta del Maestro no proviene de sus necesidades, de sus pensamientos o deseos, si no que viene programada según las necesidades del aprendiz.

Por ello se dice a menudo, por ejemplo que “la cólera del Maestro vale mucho más que las felicitaciones de cualquier otra persona, por que él se enoja para ayudar a tu formación, mientras que los demás se complacen por distintos motivos”.

El desapego, que en otros sistemas viene considerado como una finalidad superior de naturaleza espiritual, para el Sufi, en cambio, es la realización al nivel más bajo. En base a este punto de vista, el desapego vuelve libre al hombre (o la mujer) en el acto de tomar decisiones, en el observar, en el existir.

Además el sistema Sufi requiere que el Sufi sea capaz de desapegarse y de no-desapegarse. Otros métodos ignoran totalmente este hecho. Para ellos sólo la capacidad de desapegarse es “el máximo de la realización”. Para el Sufi este tipo de desapego no es realmente desapego si no “esclavitud al desapego”.

Aquellos que se encuentran en este estadio no están bajo el control de sí mismos ni de cualquier otra cosa. La literatura occidental define generalmente este tipo humano “tranquilo”. Los Sufis por el contrario consideran este tipo como un malogrado fracaso. Su afirmación de gozar de una condición superior (o humilde) no tiene valor alguno. Con ello el desapego se transforma en parte de un culto en vez de un escalón en el camino del aprendizaje.

Esta opinión Sufi, basada en la realidad, ciertamente merita un examen más atento. Aunque sea cierto que los estudiosos, y menos aún los psicólogos, no la han descubierto, ocupados como están en aceptar o rechazar la valides de las actitudes místicas en función de sus corrientes, tendencias y doctrinas psicológicas, la que a su vez cambian constantemente de forma.

Desalentar a los potenciales aspirantes: “desviación”.

Si los famosos milagros hechos por Maestros Sufis (y la extraordinaria importancia que han alcanzado, sin parangón con alguna experiencia mística occidental) han atraído legiones de discípulos, su política de desviación ha servido eficazmente para crear una gran confusión. “Desviación” (Kaj-Kardán) hoy en día podría ser llamado, en términos psicológicos, “tratamiento de aversión”. Quienes a lo largo de los siglos se han evidenciado como los más empedernidos enemigos de los Sufis, han resultado ser aquellos que habían tratado de ser sus discípulos y habían sido rechazados. Los métodos de rechazo Sufi tienden a hacer las cosas inaceptables al futuro discípulo, de modo que él sea desviado por las acciones, las palabras y la conducta del Sufi respecto de sus convicciones predilectas. La desviación puede asumir tantísimas formas, dada la ingeniosidad del pensamiento Sufi. Rabia de Basra hizo indignar a los teólogos limitados que clamaban por ser iniciados, al afirmar que: “Estoy yendo a quemar La Kaaba”, el lugar más sagrado del Islam. Los clericales la denunciaron como apóstata. Ella, de todas maneras, explicó a gente capaz de discernir, que quemar La Kaaba hubiera sido necesario si la gente la hubiese tomado por un ídolo, cosa que ciertamente han hecho algunas personas.

A la pregunta que si no es una mala política enloquecer a autorizados estudiosos con métodos de aversión, un ilustre Sufi respondió al subscripto: “No, por que esta gente es generalmente tan peligrosa que su enemistad indica a la gente reflexiva que no somos también nosotros peligrosos. Acuértese que solamente quien tiene una mentalidad estrecha puede ser afectado por los métodos de aversión...”

Los Sufis contemporáneos usan esta técnica de aversión con miríadas de ritualistas que desean ser reclutados, prohibiéndoles de ser vegetarianos, usar incienso hindú, vestiduras extrañas, recitar letanías, y pidiéndoles, además, de denunciar estas cosas. Es esto lo que ha creado la gran diferencia entre los verdaderos Sufis y los que se despachan por tales. Estos últimos son siempre visibles ya que se acomodan adecuadamente a las creencias ritualistas obsesivas. La astrología, la numerología, creencias extrañas, formaciones de comunas, los encuentros casuales entre “gente que piensa de la misma manera”, los viajes y excursiones, la autodefinition con títulos que ya no vienen usados por los Sufis (Como Murshid, Qutub, Dada, Maulana, Pir, Hakim, etc., que han sido abandonados por que cada tanto son asumidos arbitrariamente por cualquiera), son muy apreciados por los seguidores que imaginan que ésta sea una actividad Sufi y que sean enseñanzas de Maestros Sufis, de donde está claro que ambas partes están auto-ilusas.

La forma más evidente de esta “técnica de aversión” es quizá aquella en la que los postulantes se llegan a una entidad Sufi pidiendo de ser admitidos como “discípulos” o “seguidores”. Dado que los Sufis, como casi cualquier otra escuela, primero deben evaluar la idoneidad del candidato, piden casi siempre al novicio de someterse a un curso de estudios que lo prepare, antes que nada, a abandonar los falsos conceptos. Esto no es, naturalmente, más fatigoso de cuanto debe hacer un curandero que quiera estudiar medicina y antes tenga que familiarizarse con los principios de la ciencia para distinguirla de la magia. Pero el candidato, casi por definición, quiere ser estimulado más que ser informado y ayudado a desarrollarse (aquí tenemos que ser prudentes en el uso de los términos, dado que quien desea la iluminación y sensaciones, a menudo imaginará de haberse aproximado a ella sólo por que afirma de querer “la enseñanza”).

La desviación ocurre cuando las expectativas del candidato vienen frustradas. Es bastante común que los candidatos al Sufismo afirmen haberse dirigido a otra Vía Espiritual por no haber recibido respuesta a sus cartas, o por haber “esperado ocho semanas (u ocho o más meses) sin que les ocurra nada”. Lo que ocurre en estos casos es que la autoridad Sufi está poniendo las bases con las que poder proveer los programas de enseñanza necesarios.

Los materiales de enseñanza Sufi recuerdan siempre, naturalmente, la historia de personas que han perdido su oportunidad por no haber tenido suficiente paciencia. En términos realistas ello significa simplemente que el candidato no busca lo que tienen para ofrecer los Sufis, lo que quiere es

excitación. Los Sufis sólo están en grado de ofrecer la *justa* Vía al Conocimiento.

La necesidad de la desviación naturalmente que ha causado una gran frustración a quienes creen de haber sido mantenidos alejados de grandes secretos, o de ser tratados con desprecio, mientras que en realidad, aún estando ya parcialmente en La Vía, tienen una gran necesidad de rectificar su criterio del aprendizaje.

El principio de las empresas orgánicas.

Si las actividades implantadas por un Sufi competente representan (mediante el éxito o fracaso) un indicador del progreso individual y el de todos los miembros, la fórmula “trabajar para El Trabajo” ofrece un ejemplo de la estructura de la totalidad de la “iglesia” u “organismo”.

“Trabajas para El Trabajo” esencialmente significa tomar parte en una empresa implantada y controlada por un Maestro Sufi. En su forma más común comprende el establecimiento de un *Khanqah* (monasterio) o *Zauiya* (lugar de actividad) en donde se pueda participar a todo tipo de tareas, desde aquellas de tipo doméstico o agrícola a ejercicios y procedimientos especiales. La diferencia principal entre este tipo de organizaciones (Sufis) y las que pertenecen, por ejemplo, al Cristianismo, al Budismo o a otras, es que el curso de estudios no es rígido si no flexible; el número de personas puede ser grande o pequeño o puede fluctuar y, además, puede haber una aparente irregularidad en las actividades.

La idea es que la comunidad es un organismo en permanente cambio. Las experiencias individuales de la unidad humana deben cambiarse de tanto en tanto para producir un “desarrollo” global (llamado madurez) y una armonización (llamada *Hamdard*, simpatía, literalmente “respirar juntos”).

Un ejemplo de la interacción de los factores en el sistema Sufi puede ser visto en la cuestión de la actividad constante e irregular. Mientras que la irregularidad de la actividad es considerada por el Sufi como un reflejo del ritmo de otra dimensión (espiritual), la no familiaridad con este comportamiento lleva a una cierta tensión a aquellos que buscan una actividad constante y regular, y hace que muchos de ellos se auto-eliminen del curso de estudios. Por tanto, el proceso mismo de aprendizaje es usado para seleccionar los estudiantes y disuadir a aquellos que no están capacitados para armonizarse, y ello sin que venga dicha una sola palabra. Como además los Sufis no tratan de explicar lo que ha sucedido, ello ha llevado siempre a muchos desilusionados estudiantes a proclamar que “No pasa nada con los Sufis”, sin que sean contradichos.

Cuando trabajan por una causa, los laicos y los religiosos de otras denominaciones, pueden ser considerados como “convertidos”, o por lo menos como habiendo adquirido una cierta creencia o una fe -o admiración- que los impulsa a ser atraídos -o a comprometerse- con el trabajo que la comunidad define como su finalidad. La finalidad global de una empresa puede ser, por ejemplo, la caridad cristiana hacia los pobres o afligidos o con los menos pudientes. Puede tomar la forma de una asociación social o psicológica. El caso de los Sufis es distinto.

Entre los Sufis sólo el Maestro conoce el diseño del trabajo y organiza su forma y ritmo. Dado que su finalidad es iluminar al buscador, esta iluminación no puede ocurrir (como viene ratificado) en el momento en que el discípulo ingresa en el movimiento. Él todavía debe aprender. La actividad Sufi, por tanto, se parece más a una escuela, a una actividad educativa en la que los miembros se encuentran allí principalmente para seguir un curso que los capacitará para cumplir funciones superiores. La participación no provee motivaciones emocionales o recompensas inmediatas (o castigos) que se encuentran implícitas en otros grupos espirituales. Sólo por este motivo es necesario admitir que el viejo concepto de: “todas las actividades religiosas son, en definitiva, la misma cosa”, no puede ser sostenido después de haber examinado atentamente el Camino Sufi.

¿Qué es, en primer lugar, lo que impulsa al aspirante Sufi hacia la escuela?

Los Sufis mismos dicen que puede ser cualquier cosa, como también ninguna. No usan jamás, o muy raramente, el pensamiento a priori según el cual el hecho de que un aspirante desee ser admitido significa que ha sido atraído por La Realidad. El papel del Maestro es, sin embargo, el de mantener una sana relación sobre la base de una cooperación con el estudiante y desde allí dirigir su desarrollo por la línea hecha posible por la escuela, el individuo y la actividad global.

Es precisamente por este concepto que se hace converger una gran autoridad (y casi la omnisciencia) en el Maestro. Él tiene un objetivo abierto, y ello implica que posee un conocimiento disponible sólo a otros pocos hombres y mujeres.

Cuando este autor interpelló a un importante Maestro Sufi acerca de esto, la respuesta textual fue la siguiente:

En la manera en que usted habla de ello, la importancia o la autoridad son más supuestas que reales. Considerarlas de la siguiente manera debería permitirle ver cómo son realmente las cosas: Si un hombre que ha estado acostumbrado a trabajar en un campo de papas sin saber nada acerca de otros cultivos intensivos y diferentes, encontrase un campesino con mayor conocimiento y experiencia, muy bien podría exclamar: “¿Por qué tienes tanto poder sobre cosas que no conozco: poda, siembra, cosecha de flores sin las raíces? No hay nadie que te controle ¿Cómo ejerces un dominio tan diversificado e insensato en esta zona?”

La naturaleza aparentemente caótica de la actividad Sufi –continuó diciendo este informador– puede expresarse en estos términos: El recién llegado puede maravillarse del hecho que el campesino esté arando en un determinado momento, plantando árboles en un segundo momento y podándolos en otro. El campesino se estará ocupando naturalmente de diferentes cosechas, estando involucrado en la actividad global tanto como en el cuidado individual de las plantas y en cosechas específicas.

Existe una circunstancia en la que el discípulo podría encontrarse en peligro si siguiese a un presunto Maestro Sufi que se comporte de manera excéntrica. Él podría atribuir sus órdenes, o sus acciones, a un “conocimiento oculto” o considerarlas “pruebas”, o aún más, a “su seguir el camino de la desaprobación” (someterse deliberadamente al odio por motivos espirituales) cuando en realidad su mente podría haberse deteriorado a causa de inevitables daños naturales.

Es natural que esta condición que se ha verificado en el pasado pueda verificarse también en el presente. ¿Cómo pueden los estudiantes saber si su Maestro ha perdido la cordura y se ha deteriorado mentalmente? Por que, después de todo, el cerebro es además una máquina sujeta a deterioros y desperfectos.

Donde quiera que exista Trabajo Sufi en desarrollo, existen siempre imitadores, víctimas y escuelas Sufis. Es deber de la escuela asegurarse que su cuerpo docente (ya se trate de Maestros o de sus representantes secundarios, los “canales”) no sea la única fuente exclusiva de información. Esta función viene cumplida, en Occidente, por ejemplo, por La Sociedad para los Estudios Sufis. Es deplorable el hecho que algunos estudiantes se vuelven tan serios como para hacer un “transfert” sobre la personalidad de su guía, sin pensar en tener que mantenerse en contacto directo con la verdadera guía del Trabajo a través de La Sociedad (en Occidente) y la Mu’assisa (en Oriente). Es un pecado que otros grupos religiosos no provean una salvaguardia similar.

El “Trabajo por el Trabajo” ha sido observado por el autor, organizado bajo la forma de una finca agrícola, de una empresa comercial, de una escuela o de una oficina administrativa. Estas organizaciones vienen a menudo imitadas por quienes han sentido hablar de ellas, o que las han estudiado; pero sus tentativas generalmente fracasan por uno (o más) de los siguientes motivos:

1. el “Maestro” cede a la presión para proveer una actividad que satisfaga los deseos de los estudiantes.

2. Las actividades vienen elegidas de los libros o del folklore.
3. El “reclutamiento” es casual.
4. El “Maestro comienza a aprovecharse de los estudiantes para ser servido, para obtener cosas para sí mismo (a lo mejor dinero) y/o para divertirse a costa de ellos.

El concepto de una comunidad de personas que en el ámbito de una estructura aparentemente ordinaria como una empresa comercial, pueda trabajar también con una armonía que active “algo más”, algo espiritual sin ser emocional, algo intencional que valla más allá de los objetivos oficiales de la empresa, es sorprendente y contiene implicaciones de largo alcance. Entre estas, pero no la última, la realidad de que cuanto más éxito obtenga una escuela Sufi de este tipo, menos se parecerá a lo que la gente imagina que deba ser una escuela Sufi: en lugar de rituales puede ser que se encuentre un tipo de actividad aparentemente mundano, en lugar de extrañas vestiduras habrá un tipo de vestimentas apropiadas al trabajo que se desenvuelve, en lugar de jerarquías habrá colaboración, el espacio dedicado al canto, a los símbolos y a los distintos accesorios será tomado de cosas que tengan que ver directa y racionalmente conectadas con la finalidad oficial de la comunidad. Se ha observado que en esto puede consistir el origen de la frase: “El trabajo es plegaria”, también usada a un nivel inferior por quienes afirman que el trabajo, de por sí, hace bien moralmente, aunque si no en el sentido Sufi, según el cual el medio para lograr una percepción interior reside en el trabajo de un cierto tipo, ejecutado de cierta manera y con personas seleccionadas.

He tenido la ocasión de estudiar muchas entidades Sufis que trabajan como unidades sociales, incluso aquellas que en el Occidente vienen llamadas “asociaciones culturales” (es decir, involucradas en el estudio, o en el goce, de la literatura y en actividades de tiempo libre). La cosa que mayormente sorprende de estas asociaciones, es que la común tendencia humana de hacer de un medio una finalidad, viene severamente excluida y fuertemente combatida. Por ejemplo: las personas que hacen perder el tiempo con discusiones y en detalles de cuestiones organizativas y administrativas ordinarias (que a menudo son los verdaderos cimientos de las asociaciones occidentales), son acusadas de oponerse a la verdadera finalidad de la organización. Los miembros tienden a comunicarse entre ellos y a armonizarse con “El Trabajo”. Si hablan en exceso, o si buscan atraer la atención sobre ellos mismos, se aburren o molestan a los demás, con independencia de la notable cantidad de trabajos que puedan ejecutar, son considerados como factores de oposición a las condiciones que permiten al individuo y al grupo de trabajar en armonía.

Los lectores que pertenecen a asociaciones en las que se encuentran miembros activistas compulsivos e intransigentes, puede que experimenten el deseo de someterse a la disciplina Sufi.

Es digno de notar el hecho que las formas de organizaciones Sufis más conocidas y “visibles” tiendan a ser aquellas caracterizadas por reglas, ritualismo y exhibiciones exteriores (un anatema para la auténtica tradición). Por tanto, es posible que estas formas, que por largo tiempo han sido consideradas como típicos organismos Sufis, sean efectivamente notorias solamente por que han desarrollados características desviadas y exteriormente sensacionales.

Naturalmente, en efecto, si una organización Sufi puede asemejarse a cualquier otra organización humana, nos encontramos ante la posibilidad, y a la probabilidad, que esas organizaciones así llamadas Sufis que vemos dando vuelta, no sean típicas, ni mucho menos legítimas; al mismo tiempo que el auténtico “Trabajo Sufi” continúa bajo formas que, casi por definición, sería invisible a cualquiera que no sea un observador muy atento.

Esta habilidad de los Sufis para trabajar en el ámbito de cualquier estructura que consideren la más conveniente, puede haber dado lugar a la opinión que los Sufis sean, o hayan sido, una sociedad secreta; esto desde el momento en que quien se encuentra involucrado en una actividad que oficialmente es –digamos- comercial, pero que en realidad persigue fines espirituales, puede ser etiquetado como alguien que se ha enmascarado. En efecto, no sólo eso, la doctrina Sufi quiere que

cualquier organización humana pueda ser espiritualmente útil, del mismo modo en que es productiva en otros sectores, y por tanto deba ser utilizada desde el momento que cumple dos funciones igualmente loables. Puede ser que en nuestra opinión, por ejemplo, una sociedad cultural pueda ser utilizada sólo con una finalidad, delate una relativa ignorancia de las potencialidades de la propia organización. Después de todo, como dijo un Sufi interpelado al respecto: “Un ser humano, o un pedazo de madera (y muchas otras cosas además) no vienen jamás tomados en consideración para una única finalidad, entonces: ¿Por qué un grupo organizado debería sufrir tales restricciones?” El concepto puede parecer extraño, pero la lógica no tiene imprecisiones.

Entrar en un grupo Sufi

El clásico grupo Sufi no se parece a la imagen que se tiene de “el tradicional círculo de un hombre sabio” en lo que atañe al reclutamiento y la actividad. En las formas de instrucción espiritual que conocemos por las imágenes públicas hinduistas y budistas, existe la figura del Sabio, rodeado de sus discípulos, que habla o está en silencio, que da instrucciones y ejercicios, que está al centro de lo que se parece a una familia; así es como la conocemos.

En primer lugar, no todos los Sufis son Maestros. El Sabio puede existir para cumplir funciones (en base a la tradición) que no son perceptibles al público.

En segundo lugar, el Maestro Sufi enseña cuando y como puede, sin seguir un esquema rígido. Los grupos inmutables y los ejercicios demasiado frecuentes y repetidos son considerados por los Sufis como la indicación de formas deterioradas que no pueden, de hecho, ser llamadas “Sufi”.

Esto lleva a aflorar la pregunta: “¿Quién es un Sufi?”. Los Maestros clásicos son unánimes en el afirmar que: 1) Un Sufi no se autodefine tal, aún cuando los demás puedan llamarlo así. 2) Un Sufi es el producto del estudio y desarrollo Sufi, y por tanto los buscadores y estudiantes no pueden llamarse a sí mismos, o ser llamados por los demás, Sufi, salvo por una cuestión de practicidad. Por lo que: un “Grupo Sufi” no es “un grupo de Sufis” si no “un grupo de aspirantes a Sufi”. Quienes buscan, y no quienes enseñan, son llamados *derviches* (“los pobres”).

En las organizaciones que se han transformado en simples agrupaciones de carácter social o local, las personas son admitidas luego de una “iniciación” y forman parte de todas (o muchas) de las actividades del grupo. Estas organizaciones, tan numerosas en Oriente, son consideradas por parte de legítimos Sufis, como entidades que han perdido su contenido sufico y se han transformado en simples estructuras de poder. Es importante ser en grado de reconocerlas, ya sea en Oriente que en Occidente, dado que no representan la verdadera Tradición si no su deterioro. Dado que por definición el aspirante a Sufi no sabe qué es lo que está por aprender, y dado que es, también por definición, incapaz de contribuir a la actividad o la influencia del Sufi, y dado que, siempre por definición, no puede atribuirse el *derecho* a devenir un Sufi, no existe una fórmula de ingreso para entrar en el Sufismo. La situación, no obstante, no es tan así confusa como pueda parecer.

Los Sufis tienen, y aparentemente lo han tenido por siglos, organizaciones e individuos –tanto en Oriente como en Occidente– que existen, en parte, con la función de atraer a las personas que ya se encuentran en armonía con el “sentido interior” Sufi. Como ya se ha señalado, estas organizaciones no se presentan en general como “escuelas espirituales” pareciendo asociaciones mundanas más que otra cosa. Algunas personas pueden ser miembros por años de una o más asociaciones de este tipo antes de caer en cuenta que estas tienen una matriz espiritual, interna.

En los países en los que la palabra “Sufi” es conocida, y con la finalidad de ofrecer una alternativa a los cultos que se proclaman Sufis sin serlo verdaderamente, hay siempre un representante de la así llamada *Mu’assisa* (que podría traducirse aproximadamente como “La Institución”). Este individuo a menudo goza, en el país en que vive, de una posición de prestigio como literato, abogado, científico,

administrador, etc. Además pueden existir, en el mismo país, diversas organizaciones, todas conectadas con la Mu'assisa y que en su conjunto forman una completa escuela Sufi generando confusión entre los observadores externos, que es, precisamente, la finalidad de este tipo de estructura.

Los seguidores de este Camino creen firmemente que “quien se encuentra en el Camino no se pierde jamás” (Saadi, autor clásico). Por el contrario, quien se ha apegado a cultos falsos o corrompidos, o permanece en ellos, es, al menos parcialmente, censurable. Esto sorprende a quienes tienden a creer que el discípulo ha sido arruinado a causa de la villanía o de la charlatanería de los “maestros místicos”. La afirmación que el discípulo tenga en ello la misma responsabilidad merece un examen más atento.

Los Sufis, que piensan que cualquier individuo pueda ser un candidato al estudio, a menudo encontrarán la manera de conocer estas personas para determinar si pueden armonizarse, sea socialmente que a un nivel más sutil. En estos casos, las personas que vienen siendo contactadas no necesariamente serán introducidas en la típica literatura Sufi. Esto por que, una vez más (como ya se ha dicho), los Sufis pueden enseñar en el ámbito de cualquier forma, y tanto la estructura como la literatura –que en general son consideradas esenciales- representan en efecto sólo un aspecto de sus actividades. Este concepto ha sido constantemente subrayado por los Maestros clásicos, pero, extrañamente, ningún estudioso –por lo que yo conozca- jamás le ha dado alguna importancia.

Dado que ni siquiera los estudiosos, incluyendo muchos de los famosos “expertos” internacionales de Sufismo, aceptan las afirmaciones de las autoridades del sistema que están estudiando minuciosamente, será apropiado instaurar un enfoque totalmente nuevo a los estudios Sufis, pero esta vez teniendo en cuenta la totalidad de los materiales Sufis y no sólo aquellos que parecen coincidir con la imagen preexistente de lo que el Sufismo debería ser según aquellos que verdaderamente no saben, y que en consecuencia elaboran el culto Sufi con ideas obtenidas a partir de un gran número de información altamente heterogénea.

Los Sufis como culto

Un estudio de los escritos académicos y populares sobre los Sufis –ya sea provenientes de ellos mismos que de comentaristas externos- muestra a las claras que existe una notable falta de información cuidadosa.

Los escritores tienden a copiarse unos a otros, al punto que en un libro, respetable por otros aspectos, todo un capítulo sobre los Sufis y el Sufismo puede haber sido tomado de una fuente no atendible. Los cultos de imitación, iniciados y llevados adelante por charlatanes e ignorantes, vienen considerados con la misma dedicación que los Sufis que son claramente más atendibles. Puede verse que los estudiosos, no menos que los propagandistas, divulgan continuamente un caudal importante de información que no se combina con lo que son los Sufis, con lo que hacen, ni con lo que creen.

Para hacerla corta: La situación, en lo referente a los estudios Sufis, es tan caótica que la mayor parte de los materiales, a excepción de los Maestros clásicos, es totalmente inatendible.

Por lo que sorprende poco que los cultos de imitación florezcan sin pausa ofuscando los auténticos y ofreciendo ulterior “información sobre el Sufismo” que no valen ni el papel sobre el cual están escritas.

Mucha de la responsabilidad de esta situación es de atribuir a los estudiosos de todo el mundo que, aunque privados de la capacidad de verificar sus materiales, no han dudado en redactar gruesos volúmenes y publicar artículos con el resultado de confundir las aguas, cuando su deber habría debido ser, antes que nada, el de clarificarlas. Por ejemplo: Los Sufis han sido etiquetados como gente que provoca el delirio, que ejecuta danzas religiosas, que da espectáculos musicales, que se viste de modo

extraño. El hecho de recoger, casi al azar, estos “testimonios” de prácticas retenidas típicas e importantes, equivale a hacer afirmaciones en base a criterios secundarios e inatendibles. Por que los estudiosos y los viajeros no son tampoco inmunes a las influencias de las exterioridades y de la dramaticidad. El único error es el no haber tenido en cuenta este hecho. También el Cristianismo puede ser descrito a través de las mismas prácticas que han sido consideradas como típicas del Sufismo. Permítasenos enumerarlas: La inducción del delirio puede encontrarse en la danza de la serpiente y en otros cultos renacidos en América y otros lugares, pero esta conducta –claramente desviada- no viene traída como prueba de filiación al Cristianismo. Además nos encontramos con danzas religiosas en algunas iglesias Cristianas en el Líbano, espectáculos musicales del Ejército de Salvación, y sobre todo extrañas vestimentas por doquier en el ámbito de la cristiandad. Sumando todo ello: ¿Se puede tener una imagen de los fundamentos de la fe Cristiana? O ¿Ello significa que los Sufis son, efectivamente, cristianos?

Naturalmente la realidad, como todo psicólogo puede reconocer, es que ninguna de estas manifestaciones, locales y limitadas, tiene nada que ver con la religión misma que ellos representan.

Por tanto, la comprensión de los Sufis, sea en Oriente que en Occidente, es tan superficial y arbitraria como la de quien queriendo describir el ferrocarril en su “característica principal” como: medios que provocan muertes, rieles que son recorridos por vehículos de color verde o rojo, como vagones que transportan pescado acondicionado para permanecer por largo tiempo en una vía muerta, y cosas por el estilo.

La conclusión, basada en los clásicos y en el contacto con Sufis de distinto tipo del preferido por los ritualistas y comentaristas, es la siguiente: “Los Sufis no son un culto, pero no faltan personas que desearían que lo fuese”.

La literatura occidental, considerada como obras de referencias estándar y descriptivas de presuntas actividad Sufi, no se refiere casi nunca a grupos auténticos. La monumentalidad y la aparente autoridad que estas personas buscan demostrar, inducen a los escritores a creer que pertenecen a la verdadera tradición. Entre los escritores que han caído en este engaño citamos a Sir Richard Burton (en su obra sobre los rituales Sindh); Birge, en “La Orden de los Derviches Bekhtashi”, que es un informe sobre una serie de cultos contaminados; Brown, en “Los Derviches” un amasijo de informaciones y confusiones, que también está basado en manifestaciones secundarias. Y muchos otros, algunos de los cuales ha logrado una cierta fama a través de la producción de un aluvión de libros sin valor alguno. Menciones que también existen libros de Fatemi, Shah y Shustery que son obras que merecen una gran consideración.

Un culto puede definirse como un sistema de creencias, poseedor de normas fijas, que practica el adoctrinamiento. Los cultos reconocidos en toda sociedad tienden a ser sistemas de creencias “oficiales”, de culto nacional (el patriotismo, dentro de un cierto cuadro de creencias prácticas), y cualquier otra serie de creencias que sostenga la opinión pública, o por lo menos no se oponga a ella. Hablando científicamente es, por tanto, imposible distinguir, por ejemplo, entre el Movimiento de los Boy Scout y cualquier otro sistema de adoctrinamiento religioso o nacionalista, aunque si los adherentes y simpatizantes de estos sistemas probablemente insistirán en sostener que las respectivas organizaciones no se parecen a ninguna otra.

Los Sufis, al contrario, en las obras de sus clásicos y en aquellas de sus auténticos exponentes contemporáneos, trabajan contra la formación de cultos, hasta proveyendo un método para distinguir un culto de una organización educativa.

Por todos estos motivos, es imposible etiquetar a los Sufis como miembros de cualquier tipo de culto, a menos que se elija de no definir como tales a todos los grupos no representativos que, por ejemplo, enseñen un solo sistema y mantengan una sola serie de prácticas aplicables a todos (o casi todos) los participantes.

Por tanto, la reivindicación de los Sufis de ser científicos, como aquella de ser un no-culto o un anti-culto, debe ser aceptada por todas las personas racionales como verificable en los términos de los métodos de evaluación más modernos. Lo que ha impedido la comprensión ha sido el hecho que actualmente hasta los sociólogos más evolucionados no llegan a comprender qué es un culto, y en consecuencia aceptan como culto la totalidad de pensamientos y acciones que los circundan. Hasta que esta comprensión no se difunda entre los estudiosos y las categorías profesionales, sociológicas y similares, no les será dado a los psicólogos y sociólogos discernir la verdadera contribución de los Sufis a sus ciencias, ahora moderna, que se remontan a miles de años. No es de maravillarse que para los miembros de las profesiones psicológicas sea difícil (y a veces imposible) creer que en sus oficios hayan habido, muchos siglos antes de ellos, pioneros de los que no han sentido hablar (dado que sus obras forman parte de la literatura medio-oriental).

Si examinamos atentamente los documentos Sufis, y si estamos en contacto con sus actuales legítimos exponentes, se podrá ver muy claramente que el Sufismo es un medio de comprensión de las vías espirituales, más allá de que sean una serie de sistemas poseedores cada uno de su propia vía (método).

Y es aquí que reside la clave de las confusiones que existen en tres categorías de individuos: los orientalistas, los sociólogos y los ritualistas, con respecto de los Sufis.

Los Orientalistas, habituados a tratar con un gran número de formas degeneradas de Sufismo, que efectivamente no son ni más ni menos que cultos, piensan que todo el Sufismo debe estar formado por cultos. Pensando de esa manera, naturalmente, son sin duda culpables de estudios selectivos y de pensamiento unilateral, dado que no consultan los clásicos sobre estos aspectos. Los del segundo grupo, los sociólogos, han llegado a considerar a todos los grupos de desarrollo humano como cultos, y por tanto no piensan que pueda haber existido un pensamiento avanzado sobre tales argumentos siglos antes de la moderna psicología. Los de la tercera categoría, los ritualistas, buscan los cultos como los de las otras dos categorías, pero sólo para adherirse y no para estudiarlos, y en consecuencia, toman del Sufismo todo aquello que a sus ojos parece tener la característica de un culto. Y encuentran cuanto desean a consecuencia de la proliferación de las formas deterioradas de que hemos hablado antes.

El actual concepto que la actividad Sufi es, en efecto, de naturaleza científica, ha estado introducido recientemente por su representante Idries Shah, y se está infiltrando, lenta pero seguramente, en la literatura y debería encontrar finalmente un completo reconocimiento.

Como con otros descubrimientos, entre los profesionales hay una tendencia a no querer admitir los propios errores al ser superados por los demás. Es por esta razón que han sido los sociólogos más jóvenes, como otros, a considerar los materiales en modo más objetivo. Su auto-consideración personal no está ligada al modo tradicional de ver las cosas que esta irremediamente encerrado en las obras de sus colegas más ancianos.

Religión, evolución e intervención

Las grandes organizaciones religiosas, con sus iglesias, sus templos, el clero, las liturgias, los textos sacros, los ornamentos, los rituales y los monasterios, representan, quizá, la forma de espiritualidad más familiar a la mayoría de los pueblos de la Tierra. Efectivamente, para casi todos, ellos representan la religión misma. Lo que ellos enseñan es considerado como verdad literal por la mayor parte de los creyentes. Su clero (o su equivalente en los sistemas que niegan tener uno) impone un respeto casi sobrenatural.

Un estudio de las obras y discursos de los Sufis, sin embargo, revela que tales actitudes están lejos de ser aquellas de los pensadores (musulmanes cristianos y hebreos) que han tenido voz en su tiempo.

Según ellos, los aspectos exteriores de las religiones –entendiendo por tales las acciones exteriores tanto como las sensaciones emotivas- son secundarias, mientras que lo que es principal es la fuente de las experiencias, tanto de La Revelación como de la verificación de la verdad espiritual. En modo unánime las organizaciones, rápida y presuntuosamente han ridiculizado tales actitudes tildándolas de “gnósticas” (palabra originariamente usada para designar a quienes conocen la verdad última por medio de la percepción directa). Desde el momento en que el “gnóstico” era ridiculizado, todo lo que se relacionaba con él venía considerado negativo por asociaciones de ideas y por implicancia. El hecho que, de tanto en tanto, algunas sectas y comunidades gnósticas cayesen a nivel de cultos mágico-místicos, no ayudó a mejorar su imagen. No obstante ello, ha ocurrido lo mismo en todas las religiones, con la fragmentación de las creencias y la aparición de sectas bizarras sin que aquella fe viniera considerada del todo negativa.

Así, los aspectos exteriores de las religiones son secundarios. Que estos estén sujetos a un proceso de debilitamiento y superficialidad se evidencia por las muchas creencias y prácticas que se encuentran hoy día en todas las religiones más importantes y que, efectivamente, como algunos puristas han denunciado sin vacilaciones, entran en bastantes conflictos con la esencia original.

La investigación histórica y arqueológica ha confirmado efectivamente muchas de las afirmaciones de vieja data que los Sufis han hecho sobre ello.

Pero si los Sufis han tenido razón anticipándose a los investigadores modernos subrayando que las ideas predilectas hoy en día pertenecen a menudo a un desarrollo relativamente reciente de las creencias mundiales, ello no significa que los Sufis estén de acuerdo con los estudiosos, quienes imaginan que toda religión sea simplemente una elaboración de creencias y prácticas que se remontan a tótems y tabúes primitivos, desarrolladas a través de los siglos a medida que las sociedades devenían más sofisticadas.

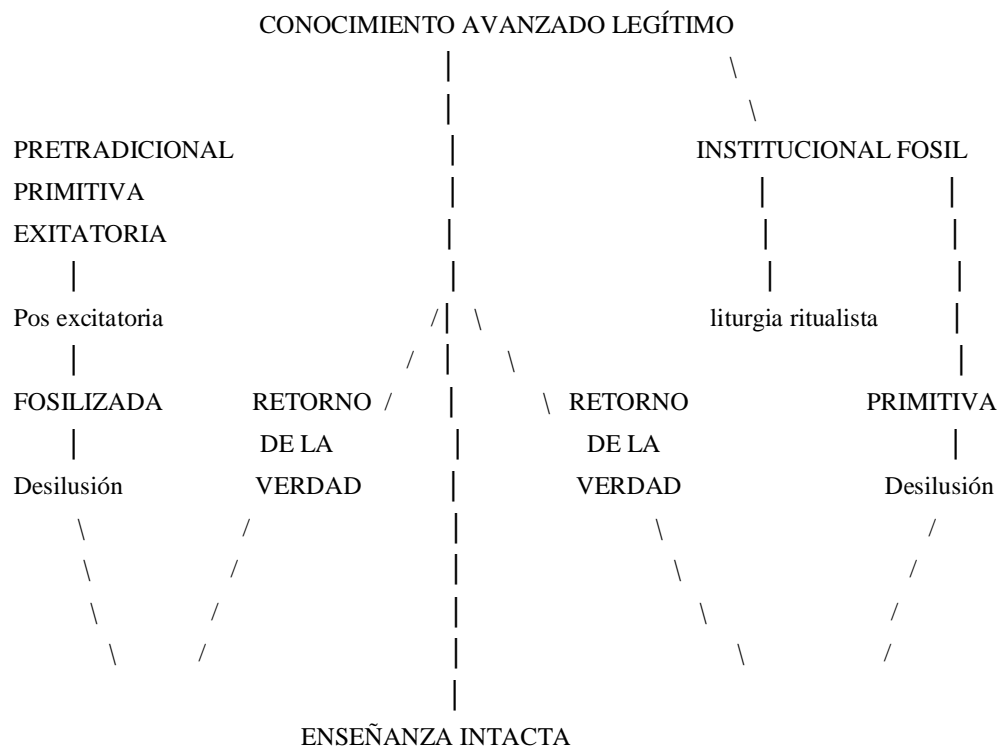
Los Sufis tienen sobre ellos una idea mucho más interesante y no menos plausible. Afirman (como Rumi, por ejemplo) que el hombre se encuentra evolucionando y que sus ideas religiosas comenzaron con la adoración de fetiches y piedras hasta desarrollarse hacia algo superior. Sostienen, además, que en un cierto punto, estas creencias primitivas evolucionan hacia un estadio en el que pueden recibir la intervención de un impulso superior –lo realmente divino, de lo que la fe primitiva representaba la base o el precursor- a partir de donde el sistema de creencias se desarrolla en un sistema de conocimiento (gnóstico) que es capaz de renovarse, alcanzando la fuente suprema de todas las verdades, mientras que el sistema y sus enseñanzas permanezcan intactos.

La fase siguiente a aquella en que el primitivo puede transformarse en gnóstico, es aquella en que se puede caer nuevamente en una de las tantas formas fosilizadas que se ven en nuestros días en la mayor parte de las sociedades. O permanecer intacto en su forma original. Cuando el poder temporal –el del Estado y el de los guías religiosos (que son verdaderamente buscadores de poder travestidos)- se transforma en poder supremo, como ocurre a menudo en la mayoría de las comunidades, esta íntima religiosidad gnóstica debe permanecer escondida, y puede discurrir por siglos como una corriente paralela en espera del momento de volver a la superficie.. La corriente inicial misma, bajo tales circunstancias desfavorables, puede a su vez degenerar en la formación de sociedades secretas o sectas bizarras. Esto es provocado por la pérdida de continuidad en la enseñanza. Por causa de la pérdida natural debida a la muerte, la sucesión de Maestros puede interrumpirse y el sistema ser retomado por otro. Cuando ello ocurre, generalmente la organización se descompone para devenir una especie de depósito, de “compost” que puede alimentar la próxima intervención legítima de la fuente de la Verdad, a veces llamada en Oriente *Ormalhaq* (Refugio de la Verdad).

Según los Sufis, También la religión institucionalizada de masas sufre las experiencias que producen: primero, la fase fósil, en la que la gente debe ser condicionada a creer, desde el momento en que la religión no se encuentra ya en grado de proveer la experiencia interior que se encuentra ahora encerrada en sus enseñanzas y sacramentos. Luego llega el período de la desilusión que, a su

vez, se transforma en la fase pos-litúrgica, cuando la corriente de la Verdad puede nuevamente intervenir para recomenzar de nuevo el ciclo.

Esto puede ilustrarse con un diagrama:



Franz Heidelberger

Lo primero que se puede descubrir cuando se pasa un poco de tiempo con los Sufis, es que la mayor parte de lo que ha sido escrito sobre ellos deja de tener importancia alguna. Cuando comencé a contactar con los verdaderos grupos Sufis, mi ‘primer objetivo personal era el de “actualizar” mi conocimiento de ellos y “agregar otras informaciones disponibles”. En realidad ninguna de estas iniciativas es posible, dado el hecho que la entera mole de información sobre el Sufismo (que es colosal) está tan mezclada con toda suerte de concepciones equivocadas, invenciones, divagues, y falsas interpretaciones, que hacen a “la imagen global” totalmente privada de utilidad. Hace falta reconocer que ello se debió, en parte, a los esfuerzos de los mismos Sufis que, para proteger su información, le agregan material que hace muy difícil (si no prácticamente imposible) el trabajo de los estudiosos e imitadores.

Si, por ejemplo, se concentran en los escritos de un cierto período tratando de descubrir cuál era la actividad Sufi en ese tiempo, se descubrirá también que lo que ha sido puesto por escrito en ese momento, no constituye la real y total sustancia de su obra. Honestamente hay que admitir de todos modos que los Sufis han advertido sobre este hecho al afirmar (como en el caso de Rumi) que “los secretos Sufis pueden ser percibidos, pero no comprendidos, por medio de las palabras”. Incluso aquellos que escriben para publicar siguen el adagio Sufi según el cual “El Sufi es aquel al que le ha estado enseñada la prudencia”. En suma, la única manera de saber cuál es la actividad Sufi, es la de seguirlos. Siempre y cuando uno sea aceptado.

Este escrito se ocupará de aquellas ideas que parecen extrañas, tanto a nosotros como a aquellos de

nosotros que se encuentran inmersos en la literatura que el mundo de la cultura conoce, aunque habiendo mantenido una pizca de razón, tanto en el sentido corriente de la palabra como en el del pensamiento específicamente Sufi.

En lo que atañe al hecho de aparecer bajo distintas formas “la adivinanza contenida en un enigma” de la Realidad Sufi, provee ejemplos interesantes acerca de la capacidad del Sufi de modificar su propio aspecto. Existen relatos innumerables de algunos Sufis en grado de parecer más altos, más bajos, más gordos o más delgados, con o sin barba, como si fueran personas completamente distintas de un momento a otro o de una persona a otra. A menudo se encuentran a dos o más personas que afirman de haber visto a un Maestro Sufi bajo un cierto aspecto, mientras que otros, que lo habrán visto en el mismo momento, darán una descripción opuesta. La única explicación para esto –sin ser una solución– es que hay algo que “aflora” (como emanada) del Sufi y que altera o reconstruye la imagen visual. Lo he notado yo mismo. Esta experiencia puede ser descripta como la impresión de que la persona no se encuentre realmente presente, como si existiera algo capaz de proyectar un ser humano completo y cambiarle el aspecto, como si apareciera en tres dimensiones con la mayor parte (no todas) de sus características: el modo de caminar, la voz o la forma de vestirse. Me doy cuenta del hecho que al decir esto pueda parecer que he perdido el juicio, pero por otra parte, puede ser que en algún momento todo esto pueda encontrar una explicación perfectamente lógica.

Si de hecho existe una capacidad de proyectar imágenes directamente en la mente de las personas, esta puede ser considerada como incluso en la capacidad Sufi, muchas veces testimoniada, de modificar la conducta de los individuos. Esto a veces viene llamado “traer a la superficie al verdadero carácter” del individuo y mostrar cómo es éste verdaderamente. Puede ser mejor o peor de la imagen que se tenga de él. Es utilizada con finalidad de enseñanza y es como si el Sufi pudiese interrumpir, perturbar o sustituir la actividad de la mente, del mismo modo en que una onda electromagnética puede interferir el sonido proveniente de una radio o la imagen de una pantalla de televisión.

Sacerdote, mago y Sufi

Según propias declaraciones, los Sufis, después de haber alcanzado la iluminación personal, vuelven “aquí” para ayudar a los demás en el Camino. Subrayo el “aquí” por que ya desde el inicio hay un problema de definición para el pedante (¿o mejor dicho lógico?) que nace con el uso de esta palabra. “Aquí” ¿significa “sobre esta Tierra” o “entre la gente que lo encuentra”? La opinión más acertada sostiene que el Sufi afirma, literalmente, de estar voluntariamente sobre la Tierra bajo apariencia humana, tal como la conocemos, para ayudar a los demás...

Esto, naturalmente, introduce el concepto de una “apariencia” humana –a veces llamada “manto”- y el de la existencia de una opción material. Si él “estuviera” allí ¿podría estar también en otra parte apareciendo bajo una forma distinta?

Otra vez, la respuesta debe ser que ellos creen que la respuesta a ambas preguntas es un “sí”. Un Sufi dijo: “Si piensan que ello sea extraño... y bien, hay mucha gente que piensa que vosotros sois extraños cuando creéis que el hombre tiene un alma inmortal. Centenares de millones de personas, en la India, creen que los seres humanos son almas reencarnadas. Casi tantos otros creen que se puedan transformar en un Buda. En consecuencia, no usen vuestras actitudes culturales para etiquetar a los demás como pensadores extraños”. Este método de insertar ideas Sufis en la terminología del siglo XX (cultural, etc.), se ha transformado en nuestros días en una norma entre los teóricos Sufis.

Este puede ser un motivo por el cual, proviniendo de los mismos hombres, el uso de una frase Sufi suene extraña a nuestros oídos: “El Sufi es el Amigo del **Hombre**”.

Incidentalmente, parece que estos “poderes” son también utilizados por los Sufis para poner a prueba la estabilidad y las condiciones del estudiante. Las personas que son sometidas a este tipo de experiencias –que pueden notar en ellos mismos o en otros– son vigiladas por los Sufis para ver si son emocionalmente trastornadas por la experiencia. Si lo son, entonces la enseñanza se interrumpe hasta

Comentario [CU1]: En Europa, el famoso *Cagliostro* (1743-1795) también fue llamado “El amigo de la humanidad”. Si bien era un charlatán, este pintoresco personaje habría transcurrido un tiempo con los Sufis y tal vez tendría algún encargo que cumplir en Occidente de parte de ellos, aunque probablemente no en el campo de la enseñanza.

que no viene confirmado que pueden observarlas en vez de ser impresionadas. Esta técnica es, naturalmente, lo contrario de aquellas de los charlatanes, que la usarían para despertar excitación y no para poner a prueba y seleccionar a quienes no se dejan impresionar. Muchas técnicas Sufis se basan en el concepto que “es preferible la ausencia de reacciones”, concepto diametralmente opuesto a nuestro habitual modo de concebir las cosas.

No todos los Sufis son Maestros (técnicamente llamados “Directores”), pero quienes *lo son* deben tener capacidades extraordinarias. Nuri, el gran Sufi del Asia Central, nacido en Bagdad y muerto en el 908, era llamado *Jasus al-Qalb* (Espía del corazón) por que era capaz de leerle el pensamiento a cualquiera, capacidad que desarrolló a través de una gran auto-disciplina. Esta capacidad es normalmente ejercitada por los Maestros Sufis solamente en situaciones “profesionales” para ayudarse a ayudar a sus discípulos mediante capacidades extra-sensoriales, sobretodo la telepatía. Contrariamente al sacerdote, el Maestro Sufi no es considerado como un intermediario permanente entre la humanidad y el Más Allá. Él es la conexión, pero una conexión que debe enseñar a los demás cómo desarrollar las conexiones y cómo escapar a la esclavitud -como viene considerado el mundo-. Los respectivos roles de los tres tipos espirituales tradicionales de las principales comunidades humanas, pueden ser descritos de la siguiente manera:

EL SACERDOTE:

Funciones sacerdotales, incluyendo la celebración de rituales por medio de ceremonias. Especializado en la colaboración con organizaciones sociales. Utiliza la emoción y los sentimientos.

EL MAGO / EL SHAMAN:

Provee un contacto esporádico con las potencias superiores invisibles. Las técnicas que inducen al delirio infunden terror (probablemente también a él mismo, además de a los demás)

EL SUFI:

Poderes especiales en conexión con el Más Allá usados como parte de un plan educacional global. Ha aprendido, y enseña, mediante la experiencia. Se opone a la emotividad.

Las técnicas Sufis difieren, o al menos parecen diferir, en base a la individualidad del Maestro y a las características del ambiente en el que trabaja. Rumi, por ejemplo (muerto en 1273) condujo una escuela (en la actual Turquía) sirviéndose de ejercicios y poesía. Ghazzali (muerto en 1111) se comunicó con su auditorio mediante libros escritos en forma racional y utilizados desde Siria hasta España. Hujwiri (muerto en el 1072), vivió en la India, afirmaba la importancia de aprender a través de la vida de los Maestros precedentes y de conocer los términos técnicos. Hoy en día, por otra parte, utilizando los medios con que puede llegar a su auditorio, Idries Shah, el actual exponente de los Sufis, proyecta la enseñanza bajo la forma literaria, psicológica y sociológica. Además se sirve del humorismo y de las cátedras universitarias. Todos ellos han producido un efecto tan extraordinariamente poderoso que la gente ha terminado por asociarlos al aspecto que tiene un auténtico exponente del Camino Sufi. Es importante hacer notar que los Maestros Sufis no se atribuyen este suceso a ellos mismos, si no a la energía superior que fluye a través de sus trabajos. Con el soporte de ésta –se dice- no pueden fallar. No cabe duda que algo les ha dado a los tres primeros Maestros mencionados, una influencia sorprendentemente prolongada, mientras que el citado por último parece ciertamente capaz de alcanzar una análoga preeminencia y rayo de acción.

Los puntos de vista del discípulo y del Maestro

El punto de vista de quienes creen que desean aprender de un Sufi, no siempre coincide con la realidad de los hechos, a pesar de que los materiales sean presentados en modo claro y apropiado. Muchos de los deseos del demandante “inmaduro” (término técnico Sufi), comprendido aquel que lo orientó hacia la enseñanza, lo hacen completamente inadecuado para transformarse en un buen discípulo. Un antiguo Sufi dice: “Como la cáscara del huevo protege lo que devendrá un pollito hasta

que está listo para el nacimiento, así los hábitos del Buscador pueden permitirle el acercamiento al Maestro, luego de lo cual, como la cáscara, debe ser roto; así que el neófito debe deshacerse del propio cascarón”. Otro Sufi me dijo: “La serpiente moriría sin su piel; sin embargo, cuando llega el momento de cambiarla, moriría sofocada si buscarse se aferrarse a ella”.

Los Sufis repetidamente me han dicho que los buscadores que han pasado muchos años en el intento de volverse perfectos, o al menos sólo de modificarse, solamente han logrado “endurecer la cáscara”. Esto por qué, como me explicó uno de ellos, “el pollito reaccionará automáticamente de la manera correcta rompiendo el cascarón con el pico, dado que se trata de una capacidad innata. Pero los seres humanos, tratan de romper su cáscara agregándole cosas que no hacen más que reforzarla”. No es de maravillarse que los Sufis digan siempre que el discípulo es el peor enemigo de sí mismo.

La explicación sobre el daño que el discípulo se hace a sí mismo es que, al contrario del pollito que sigue un programa y no hace otra cosa que tratar de salir del cascarón en el momento exacto, el buscador humano está ya crecido y en pleno uso de lo que vulgarmente se llama “preconceptos”. Estas ideas y fantasías lo empujan a hacerse a sí mismo toda suerte de cosas que tienen el efecto de obstaculizar su progreso. Cuando el Buscador descubre qué es lo que la escuela espera, el conflicto entre las expectativas y la realidad representa su primer verdadero shock. Y esto es tan importante que no es exagerado afirmar que tal punto señala verdaderamente el primer, auténtico contacto con aquella Realidad particular que puede ser llamada Espiritual. Este es el punto que pone a la prueba la potencialidad del Buscador. Y no solo ello: no es excesivo decir que cualquier escuela o enseñanza que no haga basilar los principales preconceptos del discípulo, no es auténtica. En todo caso no es eficaz, por que en tal caso los “velos” (las cosas que obstaculizan la percepción espiritual) perduran encubriendo y distorsionando.

Aquellos de entre nosotros que no han tenido la experiencia del contacto Sufi como fenómeno de enseñanza, no pueden comenzar a entender realmente qué cosa sea, a menos de hacer un enorme esfuerzo para confrontar cosas que están fuera de nuestra comprensión ordinaria. Como ha sido dicho, la enseñanza Sufi tiene lugar solamente con la interacción entre el Maestro y su discípulo, en muchos casos después de un período preparatorio en el que el estudiante es sometido a técnicas e impactos particulares, tal vez en un grupo formado por los Sufis con esta específica finalidad. El discípulo puede recibir la enseñanza del Maestro solamente cuando las circunstancias son favorables, lo que significa que alguno pueda estar obligado a esperar quien sabe por cuanto tiempo, hasta que el Maestro considere que su momento ha arribado. Se necesita de una gran fuerza de ánimo para que el estudiante pueda soportar la espera que ello implica. Éste es uno de los motivos por los cuales los Sufis enseñan, o han enseñado, a sus seguidores a distinguir entre el deseo de aprender y el impulso a ser estimulados por pensamientos y actividades. A menudo es necesario abstenerse de provocar estímulos en el discípulo mientras está esperando que la especial *Baraka* (fuerza altamente espiritual) del Maestro esté disponible en las justas condiciones.

No obstante, algunos aspectos de las enseñanzas Sufis son explicitados y nos informan tres cosas extraordinarias que pueden ser ciertamente útiles, sobre todo a quien todavía no ha estudiado las enseñanzas clásicas lo suficientemente bien como para haber asimilado la lección:

- 1- Es imposible eliminar por sí solo muchas de las ideas y acciones que descalifican a los aspirantes a discípulos.
- 2- La literatura Sufi, a causa de su estructura (y no del contenido emocional) ayuda a preparar la mente con esquemas que constituyen los hechos vitales que están en la base de las historias, biografías, aforismos, y cosas por el estilo, que representan el lado superficial.
- 3- Quienes no tienen confianza en los Sufis, a menudo muestran ser poco confiables e indignos de confianza.

Estas afirmaciones han sido expresadas efectivamente hace siglos (en el 1695) por el autor de: *Testamento de Uno de Nosotros*, Haji Yunus, por los siguientes motivos que los Sufis contemporáneos declaran que son de validez todavía hoy en día:

- 1- Normalmente no creemos esto, al contrario, imaginamos (lo mismo que para todas las demás enseñanzas) de tener que ser instruidos en cómo combatir nuestras debilidades y de tener que hacerlo por nosotros mismos.
- 2- Nadie considera verdaderamente la estructura y los esquemas si no solamente lo que es superficial. Todos quieren excitación.
- 3- Una afirmación tal puede ser hecha solamente por un estafador o por alguien que habla con la legítima autoridad de quien sabe lo que está diciendo. Sin embargo pocos estafadores ilusionistas osarían decir esto.

Después del último siglo de investigaciones psicológicas hoy podemos decir que muchas, si no todas, las personas desconfiadas lo son por que son ellas mismas personas indignas de confianza.

Parece que la aparición, o quizás la evolución, de un nuevo “lenguaje” de las ciencias de la conducta, haya estimulado, a través de Idries Shah, a los representantes más altos del Sufismo a presentar sus materiales y señalarnos su continua presencia en idiomas corrientes. Después de todo, la principal literatura del Medio Oriente, ya en sus albores, fue utilizada por los Sufis de manera tal que es casi imposible estudiarla a fondo sin conocimiento del Sufismo.

Nuevamente, con el reflujó de la enseñanza durante el Medievo, los Sufis pusieron su impronta en el sistema de pensamiento (Cristiano, Hinduista e Islámico) que duró hasta la época (por otra parte, reciente) en que apareció la tecnología en el tardo siglo XIX.

Estaría casi tentado de decir que un observador que hubiera notado la agudeza con que los Sufis han adoptado el idioma corriente por tanto tiempo (ya sea se trate de la poesía, la alquimia, la caballería, o de cualquier otra cosa), seguramente buscaría de rastrear la impronta Sufi en el trabajo intercultural, en las ciencias sociales (como la psicología en sentido más propio) y en campo de la espiritualidad. Escuchen ahora el tono (y contenido) casi sorprendente de algunos de nuestros observadores occidentales contemporáneos cuando reaccionan ante este fenómeno, que es el mismo que ocurre entre los orientales que usan nuestros medios más modernos tal como aparecen ante sus ojos: Lo admiran y permanecen impresionados, pero no está claro si lo han entendido, o si creen de haberlo entendido. Lo que claramente se advierte es que sienten que es de una gran importancia.

Tomando, en orden de aparición, un catálogo de obras que citan las más recientes opiniones inglesas y americanas sobre libros Sufis, encontramos que los críticos están picados de curiosidad, interesados, impresionados y convencidos que sean verdaderamente muy importantes.

“Un destello de un mundo que casi nadie imagina que exista” –*The Guardian*. *L’American Scholar*, que no es considerado un periódico progresista, define el material Sufi, ni más ni menos como “un modo de reaprender el uso de la mente”. “Muy apropiado para nuestro tiempo y nuestra situación”, escribe el *Sunday Times* de Londres. El último, proviene de este autor y está tomado del *Psychology Today* “La obra de Idries Shah debe ser considerada como uno de los principales eventos culturales de nuestro tiempo”.

Opiniones similares aparecen también en la prensa y periódicos especializados del Oriente islámico, generalmente considerados como retrasados y llenos de prejuicios, Tales comentarios se encuentran en cotidianos de extensa difusión, como el *Daily Mail* y el *Evening News* de Londres. La influencia Sufi en Oriente y en Occidente, para nuestro tiempo, está en pleno desarrollo. La única cosa que puede detenerla es nuestra incapacidad de comprensión.

